

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



LA CENA DE LOS TRES REYES

Edición de Berta Muñoz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “La cena de los tres reyes”:
Berta Muñoz Cáliz.

LA CENA DE LOS TRES REYES

FARSA EN TRES ACTOS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Alcázar, de Madrid, la noche del 19 de octubre de 1954, por la compañía «La Máscara», con el siguiente

REPARTO

<i>Paloma</i>	ANTONIA MÁS
<i>La Duquesa</i>	MARGARITA ROBLES
<i>Silvia</i>	MARUJA RECIO
<i>Lilí</i>	MARCELA YUREA
<i>S. M. Alberto V</i>	ANTONIO GANDÍA
<i>S. M. I. Alí-Harom el Magnífico</i>	JOSÉ FRANCO
<i>S. A. R. El Príncipe Federico</i>	ÁNGEL DE LA FUENTE
<i>El Delegado Koproff</i>	CARLOS LEMOS
<i>El Delegado Molinsky</i>	MANUEL ALEJANDRE
<i>El Maître</i>	RAFAEL GIL MARCOS

Decorado: Emilio Burgos

Dirección: Cayetano Luca de Tena

ACTO PRIMERO

Un salón en la planta baja de un diminuto hotel internacional, decorado con características de albergue o «bungalow» que se alza en plena montaña, junto a la carretera, entre las cumbres nevadas de un rincón de Europa, a pocos kilómetros de una pequeña ciudad...

En cada uno de los dos ángulos del fondo con los laterales hay una breve escalera de tres a cuatro peldaños que termina en una reducida meseta. Una entrada, sin puerta, en cada una de las dos mesetas. Entre las dos escaleras, toda la pared del fondo es una inmensa vidriera que llega hasta el techo. Detrás de los cristales surge un paisaje de montaña, con pinos y abetos nevados...

Una entrada, con embocadura, a la izquierda, que comunica con otro salón. En la pared de la derecha –siempre términos del espectador–, una gran chimenea de ladrillos. En primer término, una puertecita. Formando ángulo con la chimenea, cuyos leños arden, y frente al público, hay un sofá y un sillón de orejas. Sobre el sofá, una manta de piel de las que sirven para proteger las piernas contra el frío. A la izquierda, en grupo, tres confortabilísimos sillones y una mesa, con teléfono, atiborrada de revistas francesas, suizas, italianas, etcétera.

(Cuando se alza el telón, en escena están las dos camareras, Silvia y Lili, y el Maître. Ellas –dos muchachas jóvenes y bonitas y vistosamente uniformadas– están de pie, junto a la vidriera del fondo, despidiendo a alguien que se va. El Maître –un buen maître de teatro, sin excesivas innovaciones– está en primer término, sentado en una butaca junto a la mesita de la izquierda, haciendo anotaciones en un libro de cuentas y manejando algunos papeles)

SILVIA.—¡Buen viaje!

LILÍ.—¡Cuidado! ¡Mucho cuidado!

SILVIA.—¡Adiós! ¡Adiós!

LILÍ.—¡Adiós, señor!

LAS DOS.—¡Oh!

(Las dos muchachas suspenden a un tiempo sus demostraciones de afecto, y regresan a primer término, junto al Maître)

LILÍ.—¡Se fue!

SILVIA.—Yo me encariño con los huéspedes, no lo puedo remediar. Y, cuando se marchan, lo paso muy mal... Me da una pena.

MAÎTRE.—Yo también lamento mucho la marcha de míster Reed. Era un caballero muy simpático... *(Suena el teléfono de la mesita y el Maître lo toma muy diligente.)* ¡Hola! Aquí el Parador de San Mauricio, a cinco kilómetros de la ciudad, en plena montaña, con espléndidas vistas sobre el lago. ¡Ah! ¡Señorita! ¡Feliz Navidad! Naturalmente, señorita. De acuerdo, de acuerdo. *(Cuelga)* Es la señorita Paloma Monetti, que llegará de un momento a otro para pasar aquí esta noche de Navidad...

SILVIA.—¿Sola?

MAÎTRE.—¡Silvia! La señorita Monetti siempre viene sola. Lo que ocurre es que, a veces, en el fin de semana, coincide aquí con algún admirador, y los fotógrafos... Pero ella no tiene la culpa. Una actriz famosa como la señorita Monetti no puede evitar esos incidentes.

(En la meseta de la escalerita de la derecha aparece la Duquesa. Es una anciana dama, de aspecto bastante estrafalario, que viste con suntuosidad, pero muy anticuada. Vestido negro con alguna inesperada nota de color. Lleva gafas de oro y se apoya en un bastón con puño de plata. Cabellos blancos y ojos muy vivos. En la meseta de la escalera se detiene un instante. Luego baja apoyada en su bastón y auxiliada por Silvia y Lili, que acuden. El Maître, respetuosamente, se pone en pie)

DUQUESA.—¡Ea! Se marchó. Lo he visto desde mi balcón. Le supliqué que se quedara pero ha sido inútil. Todos se han ido marchando y solo quedábamos él y yo. Éramos los últimos huéspedes del Parador. Esta noche, yo le hubiera invitado a una gran cena de Navidad y hubiéramos bebido champán junto al árbol... Pero no ha querido y se ha marchado. ¡Es absurdo! No entiendo a la gente de hoy. Antes, todos buscábamos la compañía. Ahora, todos quieren la soledad. ¡Tomás! ¿Cuándo llegará míster Reed a Nueva York en alguno de esos horribles aviones?

MAÎTRE.—Pasado mañana, señora Duquesa. En unas pocas horas habrá cambiado este hermoso rincón de Europa por su departamento de la Quinta Avenida...

DUQUESA.—¡Qué gran americano es míster Reed!

MAÎTRE.—Sí, señora. ¡Siempre vive en Europa!

DUQUESA.—¡Ah! Los grandes patriotas siempre viven en el extranjero. Dímelo a mí, que ya no me acuerdo de dónde he nacido y, sin embargo, soy más patriota que nadie. *(Con nostalgia)* ¡Oh! Hace muchos años, cuando yo era una gran

artista, vivía en un hotel de París que a todas horas estaba lleno de patriotas extranjeros. Había italianos, alemanes, portugueses, rusos, españoles. En las grandes fiestas, todos los patriotas asistían vestidos cada uno con el traje típico de su país. Cuando los españoles aparecían en el salón con sombrero ancho, la orquesta tocaba un pasodoble y todos gritábamos: ¡Viva España!

SILVIA.—(*Con entusiasmo*) ¡Qué bonito!

DUQUESA.—Sí, hija. ¡Era precioso! Entonces todos éramos alegres, hasta los españoles, que siempre están de mal humor. Yo era tan hermosa. (*Sonríe*) En «El lago de los cisnes» bailaba casi desnuda, envuelta en una capa de tul, como una nube. ¡Je! Las muchachas del Ballet me tenían envidia porque yo volvía locos a los hombres. (*Sonríe otra vez*) Anoche, cuando enseñé a míster Reed mi álbum de autógrafos, se quedó muy emocionado al ver la firma del Káiser...

SILVIA.—¡Ay! ¿Quién es el Káiser?

DUQUESA.—Silencio, descarada. Conque quién es el Káiser. Algún día os enteraréis todos, cuando Guillermo haga una de las suyas...

MAÎTRE.—(*Dolorosamente*) Me permito recordar a la señora Duquesa que el Káiser murió hace algunos años...

DUQUESA.—¿Estás seguro, Tomás?

MAÎTRE.—Desgraciadamente, tengo las pruebas, señora Duquesa...

DUQUESA.—Es curioso. Yo creía que el que había muerto era Adolfo Hitler...

MAÎTRE.—También, también, señora Duquesa...

DUQUESA.—¡Qué barbaridad! La de gente que se muere y yo no me entero... Claro, como no voy a ninguna parte... (*Marcha hacia la puertecita de la derecha, siempre apoyada en su bastón*) Verdaderamente, no comprendo por qué se ha marchado míster Reed. Estábamos él y yo discutiendo sobre si el Káiser se había muerto o no había muerto. De pronto, se me quedó mirando y me dijo que tenía que salir con urgencia para Nueva York. No lo entiendo.

(*Sale. El Maître y las camareras se miran francamente consternados*)

LILÍ.—Hoy tiene un día fatal...

SILVIA.—¡Pobre señora Duquesa!

MAÎTRE.—(*En secreto*) No es Duquesa...

SILVIA.—¡Ah! ¿No?

MAÎTRE.—No, no.

LILÍ.—¿No tiene título?

MAÎTRE.—No, hija. Lo que tiene es un nombre de guerra.

SILVIA.—¡Ay!

MAÎTRE.—Parece que a esta señora, cuando era una gran bailarina, le gustaba darse muchísima importancia. Y la gente empezó a llamarla «la Duquesa». Pero a ella le gustó el apodo... Y desde entonces no admite otro tratamiento.

SILVIA.—¡Es fantástico!

LILÍ.—¿Y, de verdad, volvía locos a los hombres?

MAÎTRE.—¡Oh!, si yo os contara. La Duquesa tiene una larga historia amorosa. Dicen que era fascinadora. Y tan inquieta... Fue una de aquellas mujeres que entonces se designaban con un nombre francés. Pero, eso sí, la más famosa de todas. (*Muy natural*) Como que yo siempre he creído que esta señora tuvo mucha parte en la guerra del catorce.

SILVIA.—¡Ay!

LILÍ.—¡Jesús!

MAÎTRE.—Una vez se enamoró de ella un príncipe heredero... Se escaparon juntos a Italia. Después, por razones de Estado, tuvieron que separarse. ¡Fue un gran drama de amor! (*Lógico*) En Hollywood hicieron una opereta...

LILÍ.—¿Y acababa bien?

MAÎTRE.—¡Naturalmente, mujer! De otro modo, la Duquesa no hubiera autorizado la película. (*Un suspiro*) Ahora, aquella gran mujer se ha convertido en esta anciana solitaria que conocéis. Es riquísima. Pero no tiene a nadie. Se pasa la vida viajando por Europa, de hotel en hotel. Busca un remedio para su soledad con las amistades que encuentra entre los huéspedes de los hoteles. Pero la verdad es que todos la huyen. Está chifladísima. (*Suena el timbre del teléfono y lo toma el Maître, como antes*) ¡Hola! Aquí, el Parador de San Mauricio, a cinco kilómetros de la ciudad, en plena montaña, con espléndidas vistas sobre el lago... (*Transición. Muy intimidado*) Sí, señor. Perdón, señor. (*Escucha atentísimo*) Sí..., sí, señor. Perfectamente, señor. A sus órdenes, señor. (*Cuelga el teléfono y se queda mirando a las camareras con aire ensimismado y preocupado*) ¿He oído bien?

SILVIA.—¿Qué ocurre?

MAÎTRE.—Me anuncian la llegada de tres señores extranjeros que van a pasar aquí la Navidad y que de ningún modo quieren dar sus nombres...

LILÍ.—¿De veras?

MAÎTRE.—¡Qué llamada tan extraña!

(Irrumpe Paloma por la izquierda. Es una muchacha viva, despierta, bonita. Viste deportivos pantalones de pana y un gran chaquetón de piel. Se recoge el peinado con un pañuelo de vivos colores. Porta una pequeña maletita. Se lanza sobre el Maître y le abraza jubilosamente)

PALOMA.—¡Hurra, Tomás! ¡Hola, chicas!

LILÍ.—¡Señorita Paloma!

MAÎTRE.—¡Señorita Monetti!

PALOMA.—¡Buenos días a todos! ¡Feliz Navidad! ¡Ay! Estoy más contenta, Tomás, más contenta. ¡Qué bonita es la Navidad! A mí, estos días tan tristes me sientan muy bien, porque puedo llorar a mi gusto, que es lo que a mí me chifla. ¿Comprendes? Con deciros que para llorar a mis anchas esta noche traigo el disco «Canción de Navidad»... (*Muy amable*) ¿A vosotras también os gusta llorar?

LILÍ.—¡Muchísimo!

SILVIA.—¡Sí, señorita! Es lo que más me gusta.

PALOMA.—(*Muy generosa*) Pues lloraremos. Lloraremos todos y lo pasaremos muy bien. ¿Y cómo no va a llorar una si está sola en el mundo? (*Suena el teléfono. El Maître va a tomarlo, pero Paloma se interpone. Sonríe con picardía*) Deja... Es para mí, iseguro! René, querido... ¿Eres tú? ¡Claro que eres tú! En este momento acabo de llegar al Parador. Sí, René; pienso en ti, y pasaré esta noche de Navidad pensando en ti; en ti y en nadie más que en ti, para que te enteres. Porque te necesito muchísimo, René, y me siento muy sola, muy sola. (*Transición*) ¡No!! ¡No quiero que vengas! (*Enfadadísima*) ¡Te he dicho que no y no! Quiero pasar la Navidad sola. ¿Me oyes? Lo necesito. Y cuando yo necesito una cosa es que la necesito de verdad. Ya sabes que no soy caprichosa. ¿Cómo? ¿Que qué vas a hacer tú solo esta noche sin mí? ¡Ah, hijito! Puedes dedicarte a pensar, que buena falta te hace. Porque la verdad es que nunca piensas nada, René... Es una vergüenza... ¿Cómo? ¿Que piensas mucho? ¿Que te duele la cabeza de tanto pensar? ¡Ah! Entonces, ya está todo claro. Eso es lo que a ti te pasa: que piensas demasiado, te duele la cabeza y te pones insoportable. Cuando eres como todos los hombres y no piensas en nada, eres un encanto. Pues se acabó... Desde hoy, ya no piensas más. Morboso, que eres un morboso. ¡Oh!

(*Tapa el auricular con una mano, horrorizada*)

LILÍ.—(*Curiosísima*) ¿Qué dice?

PALOMA.—(*Mundana*) Cosas de hombres...

SILVIA.—¿Groserías?

PALOMA.—¡Sí! (*Paloma se aplica de nuevo el auricular al oído. Y con la mayor naturalidad*) René, pobrecito mío. ¿Quieres darme un beso? ¡Oh! (*Indignadísima, cuelga el auricular*) ¡No ha querido darme un beso!

LILÍ.—¡Qué rebeldes son los hombres!

PALOMA.—Es un niño. Un verdadero niño. No sé qué voy a hacer con él. El pobre no se da cuenta de que yo le quiero. Pero le quiero como una madre. Y ya sabéis vosotras lo que es eso...

SILVIA.—¿Qué va usted a decirnos, señorita? Yo también soy muy madre...

PALOMA.—Todas, todas somos muy madres. Pero estos infelices no lo saben...
(*Transición*) ¿No hay novedad, Tomás?

MAÎTRE.—Casi ninguna, señorita... Míster Reed se marchó. La Duquesa continúa...

PALOMA.—¿Y aquel matrimonio joven tan enamorado?

MAÎTRE.—Parece que tuvieron un serio disgusto y el señor se marchó. Pero, en el acto, llegó un amigo del señor que se portó admirablemente con la señora. Después volvió el señor y se marcharon los tres juntos...

PALOMA.—¡Otra!

MAÎTRE.—¿Cómo?

PALOMA.—Otra que es muy madre. ¡Ay, Dios mío! Cuando yo digo que eso es lo que nos pierde...

(Suben y desaparecen todos por la escalerita de la izquierda siguiendo a Paloma. Durante unos segundos queda la escena sola. En seguida, bajo la embocadura de la izquierda aparecen Federico, Alberto y Alí-Harom. Federico es un muchacho de aspecto muy apacible y bastante desaliñado. Parece un joven sabio siempre absorto en abruptos problemas. Lleva, debajo del abrigo, una chaqueta de «sport» y un pantalón de franela. Se ha liado al cuello una bufanda de cualquier modo, y calza gruesos zapatones. Usa lentes sin armadura. Alberto es un gran señor de avanzada edad, pero todavía mundano, ágil y sonriente. Alí-Harom es un sujeto rechoncho y gordinflón, con un aire de inocencia realmente conmovedor. Viste totalmente a la europea, pero se cubre con un fez rojo. Cada uno de los tres es portador de una pequeña maleta o maletín. Los tres, al llegar, se detienen un instante en la puerta con cierto recelo y entran sin ruido, mirando a todas partes... Sonríen y se miran entre sí muy satisfechos)

FEDERICO.—¡Je! ¿Nadie?

ALBERTO.—¡Voilà!

FEDERICO.—¿Conocía usted este refugio?

ALBERTO.—Es la primera vez que entro en este Parador. Pero pasé por esta carretera hace unos meses, yendo hacia Suiza, y me pareció que este sería el mejor

sitio para nuestra cita de esta noche... Aquí podremos celebrar nuestra cena de Navidad en el más profundo secreto.

FEDERICO.—¡Je! ¿Cree usted que nos reconocerán?

ALBERTO.—Por mi parte, no hay cuidado. De mí ya no se acuerda nadie. ¡Todo ocurrió hace tantos años!

FEDERICO.—¡Oh!

ALBERTO.—Usted todavía no está muy traído y llevado por la prensa internacional. Es joven. (*Sonríe cariñosamente*) Pero con Alí-Harom resulta difícilísimo guardar el incógnito. ¡Como es tan popular! ¡Digo! No pasa un día sin que su fotografía, con cualquier pretexto, aparezca en los periódicos. Alí-Harom asiste a una fiesta en París. Alí-Harom pierde diez millones de francos en Montecarlo. Alí-Harom descansa en su villa de Capri. Alí-Harom, en su yate, emprende un crucero por el Mediterráneo...

ALÍ-HAROM.—(*Con todo fervor*) ¡Allah ua Salam! ¡Salama Aleicum!

ALBERTO.—¡Demonio!

FEDERICO.—(*Impresionadísimo*) Pero, hombre, ¿por qué dice usted esas cosas?

ALÍ-HAROM.—(*Beatíficamente*) He deseado que la felicidad sea con nosotros en esta humilde cabaña. ¿No se han dado ustedes cuenta?

ALBERTO.—Sí, hombre... Estaba clarísimo.

FEDERICO.—¡Ah, no! Nada de humilde. Y muchísimo menos, lo de cabaña. A mí, este parador me parece muy confortable, muy acogedor y muy...

ALBERTO.—(*Sonriendo*) Bueno, bueno, querido. Sea usted indulgente con Alí-Harom. Nuestro amigo todavía tiene la nostalgia de su fastuoso palacio oriental. Un palacio de mármoles y jades, rodeados de fantásticos jardines. En las noches de fiesta, cuando la luna caía sobre el parque de palacio, brillaban rubíes entre las hojas de los árboles. En el maravilloso salón de las columnas, sobre una escalera de oro, se alzaba el trono del gran Alí-Harom. Alí-Harom el Magnífico resplandecía de piedras preciosas. Y su pueblo no podía mirarle frente a frente porque Alí-Harom descende del Profeta...

ALÍ-HAROM.—(*Conmovidísimo*) ¡Qué tiempos aquellos!

FEDERICO.—Oiga. (*Tímidamente*) ¿Es cierto que tenía usted un harén?

ALÍ-HAROM.—(*Muy bondadoso*) ¡Naturalmente! Yo tenía en palacio el mejor harén de Oriente. ¡Todas eran europeas!

FEDERICO.—¿Todas?

ALÍ-HAROM.—¡Todas! En el fondo, yo soy un intelectual...

FEDERICO.—(*Francamente preocupado*) Pero tiene que ser muy complicado reunir a tantas mujeres. Un harén debe de dar muchísimos disgustos...

ALÍ-HAROM.—Pues mire usted, no lo sé. Porque de esas cosas se ocupaba mi mujer...

FEDERICO.—¡Qué barbaridad!

ALÍ-HAROM.—Eran unos días tan felices... (*Con emocionada nostalgia*) Todo acabó cuando se supo en el mundo que en mi país teníamos un pozo de petróleo. En seguida vinieron los ingleses y, para evitar una nueva guerra, se quedaron con el pozo. Yo protesté porque el pozo era mío. Y, entonces, para proteger mi vida, me destronaron. (*Un suspiro*) Mi mujer pidió el divorcio y se pasó al enemigo; creo que, al frente de las muchachas del harén, ha constituido una Misión Cultural para enseñar el francés a los indígenas. Mientras, yo, Alí-Harom el Magnífico, que desciendo del Profeta, paso en el exilio las mayores humillaciones. Vivo en un gran hotel de París, pero no dispongo más que de un piso para mi séquito y para mí. Y lo que es peor: la gente ya no me guarda las consideraciones debidas a mi rango. Con decirles a ustedes que desde que he dejado de ser Rey mis caballos pierden todas las carreras.

ALBERTO.—(*Irónico*) ¡Qué grosería!

ALÍ-HAROM.—El último Gran Premio de París lo ganó el caballo de un diputado socialista...

ALBERTO.—¡Ah! Francia no tiene remedio...

ALÍ-HAROM.—(*Emocionado*) ¡Aquellas tardes en que los fotógrafos me retrataban junto al caballo vencedor antes de empezar la carrera! (*Transición: sonrío ilusionadísimo*) Por cierto: ¿vendrán esta noche los fotógrafos?

FEDERICO.—(*Rápido*) ¡No!

ALBERTO.—Pero, querido Alí-Harom, recuerde que estamos de incógnito...

ALÍ-HAROM.—(*Mohíno*) ¡Qué lástima! Me gustan tanto los fotógrafos...

FEDERICO.—No, no y no. Fotógrafos, no. (*Con rubor*) Para mí sería una catástrofe. Los dirigentes del partido monárquico de mi país, los que luchan casi en la clandestinidad para que yo vuelva al trono de mis mayores, me han prohibido que me retraten...

ALBERTO.—¡Hola! ¿Por qué?

FEDERICO.—Porque dicen que no soy fotogénico y les estropeo la propaganda...

ALBERTO.—¡Oh!

FEDERICO.—¡Je! Este verano, en la Costa Azul, un reportero me retrató por sorpresa en traje de baño. Y la fotografía se publicó en todos los periódicos del mundo. Bueno. Pues en mi patria muchísimos monárquicos se dieron de baja en el partido...

ALBERTO.—(*Cauto*) ¿Por... escrúpulos morales?

FEDERICO.—No, señor. Porque en traje de baño resulto muy mal...

ALBERTO.—(*Generoso*) Hombre, hombre...

ALÍ-HAROM.—Pues yo juraría que así, a simple vista, es usted un buen mozo...

FEDERICO.—¡Quia! No, señor. No valgo nada...

ALBERTO.—¡Muchacho!

ALÍ-HAROM.—Ea, ea, ea...

FEDERICO.—¡Je! Yo sé muy bien que los partidarios de la dinastía preferirían otra clase de Príncipe Pretendiente. Un príncipe romántico. Un héroe, con su leyenda y todo. ¡Qué sé yo! Les gustaría que yo fuera uno de esos príncipes que se pasan la vida haciendo proezas en un avión, ganando copas en las carreras de caballos y haciendo el amor a las estrellas de cine...

ALÍ-HAROM.—¿Y no hace usted nada de eso?

FEDERICO.—(*Dignamente*) No, señor.

ALÍ-HAROM.—Entonces, ¿en qué pasa usted el tiempo?

FEDERICO.—¡Oh! A mí lo que me gusta es estudiar, estudiar y estudiar. ¡Huy! Me paso la vida leyendo libros. Me gusta la sociología, la historia antigua, la economía...

ALÍ-HAROM.—Pero, príncipe, ¿por qué estudia usted tanto, si va a ser rey?

FEDERICO.—(*Con juvenil orgullo*) ¡Por eso! Porque me preparo para ser un buen rey de mi pueblo. Yo no quiero ser un rey inútil. Uno de esos reyes de bonito uniforme para fiestas y desfiles. ¡Ah, no! Nada de eso. El mundo ha evolucionado. Yo seré un monarca de mi tiempo. ¡Yo tengo ideas!

ALBERTO.—Malo, malísimo... (*Muy preocupado*) Cuando los reyes tienen ideas, en el fondo, siempre tienen las ideas de sus enemigos. ¡Son más brillantes!

FEDERICO.—¿Qué dice usted?

ALBERTO.—No me extrañaría nada que fuera usted un socialdemócrata... ¡Príncipe Federico! Le encuentro muy influido por esos reyes del norte que van por la calle en bicicleta. (*Sonríe*) Un príncipe solo va bien en coche de caballos.

FEDERICO.—¡Oh! ¿Usted también cree, como las muchachas de las aldeas, que un príncipe es el héroe de un cuento de hadas?

ALBERTO.—(*Sonríe*) ¿Por qué no? En problemas de sentimiento, las muchachas de las aldeas siempre tienen razón. Y la monarquía, antes que una idea, es un sentimiento. Por eso el pueblo no quiere que los reyes tengan ideas. Los reyes solo tienen derecho a ser dioses. Un maravilloso y trágico destino. La Humanidad empezó a perderle el respeto a todo cuando empezó a perderle el respeto a los reyes. ¡Hijo mío! Todos los príncipes demócratas terminan siendo reyes en el exilio. (*Sonríe*) Míreme usted a mí. Ante usted, Alberto v, rey, hijo y nieto de reyes, expulsado hace más de treinta años de mi país por la revolución sangrienta de mi querido pueblo. Yo, en mi mocedad, fui el príncipe más demócrata de Europa. Era el ídolo de mis estudiantes. Cuando en las grandes fiestas patrióticas desfilaba a caballo al frente de los húsares, caía sobre mí una lluvia de flores. Y volaban las palomas. Y repicaban las campanas. Vea usted lo que queda de aquel príncipe apasionado. Un viejo escéptico. Un rey en el exilio. Un vagabundo internacional. Un solitario...

ALÍ-HAROM.—(Muy apenado) ¿No tiene usted séquito?

ALBERTO.—Hombre... Yo tengo un chambelán en París. Pero ha puesto una farmacia.

ALÍ-HAROM.—¡Oh!

(En la entrada de la izquierda surgen dos nuevos personajes: Koproff y Molinsky. El primero es hombre de edad madura. El segundo es muy joven y de una casi angélica vulgaridad que se le refleja en un rostro candoroso. Los dos visten de negro, con sombreros flexibles también negros, firmemente encasquetados, de los cuales no se desprenden con facilidad. Ambos llevan en las manos enormes carteras de negocios. Se detienen un segundo en el umbral. Al unísono, clavan sus ojos en Federico, Alí-Harom y Alberto, que, sorprendidos, pero con mucha gentileza, se inclinan cortésmente)

LOS TRES.—¡Oh!

(Pero los recién llegados no responden ni sonríen, ni se quitan el sombrero. Sin dejar de mirar fijamente a sus Majestades, cruzan la escena con aire sigiloso y un tanto siniestro. Así ganan la escalerita de la derecha y suben. Ya en la meseta, se vuelven de nuevo a los otros y los contemplan otra vez con una larga y sostenida mirada. Luego giran la cabeza y se miran entre sí. En los ojos de Molinsky hay una clara interrogación. Koproff responde enérgicamente)

KOPROFF.—¡Sí!

(Koproff y Molinsky sonríen sibilinamente y salen. Los tres reyes se miran absortos)

FEDERICO.—¿Han visto ustedes?

ALBERTO.—Ya, ya...

ALÍ-HAROM.—¡Qué gente tan rara se encuentra uno en estos hoteles!

ALBERTO.—Rarísima...

(Sigilosamente y sin ruido, como antes, aparecen en la meseta Koproff y Molinsky. Koproff avanza en silencio, toma asiento en uno de los sillones de la izquierda, abre su gran cartera y consulta

unos papeles, con frialdad. Mientras, Molinsky, ante la ventana del fondo, saca unos prismáticos y contempla el paisaje)

ALÍ-HAROM.—¡Oh!

FEDERICO.—Pero...

ALBERTO.—¡Silencio!

(Los tres reyes, a una seña de Alberto, cruzan la escena, toman sus maletas y, en fila, casi de puntillas, desaparecen por la escalerita de la izquierda. Un gran silencio)

KOPROFF.—*(Fríamente)* ¡Camarada Molinsky!

MOLINSKY.—*(Como un eco)* ¡Camarada Koproff!

KOPROFF.—¿Qué miráis con tanta atención?

MOLINSKY.—La nieve...

KOPROFF.—Supongo que la nieve no constituirá para ti una sorpresa de la Europa occidental. Vienes de un lugar donde nieva siempre. *(Sonríe feliz)* Pero allí nieva por igual en todas partes, porque aquel es el país del socialismo...

MOLINSKY.—Oye. ¿Qué edificio es aquel que tiene dos torres puntiagudas?

KOPROFF.—La catedral...

MOLINSKY.—¿Otra?

KOPROFF.—Otra...

MOLINSKY.—Es curioso. En todas las ciudades de este país por donde hemos pasado había una catedral...

KOPROFF.—¡Pché! Tienen esa manía... Estos países viejos todavía no están organizados.

(Molinsky abandona su puesto del ventanal y viene muy feliz junto a Koproff)

MOLINSKY.—¿Sabes, camarada, que estoy muy contento? Nunca creí que mi primer viaje al extranjero fuera tan emocionante. Me gusta todo lo que veo. Todo. Me gusta esa ciudad con sus callecitas, y sus palacios, y sus jardines. Me gusta este paisaje. ¡Me gusta hasta la catedral!

(Koproff alza los ojos y le mira atentamente)

KOPROFF.—¿También?

MOLINSKY.—*(Contentísimo)* ¡Sí, sí!

KOPROFF.—¡Camarada Molinsky!

MOLINSKY.—¡Camara Koproff!

KOPROFF.—Reconozco que, en lo externo, actúas como un buen funcionario de nuestro Servicio Secreto. Eres correcto, ceremonioso, vistes de etiqueta con mucho señorío y sabes lucir tus condecoraciones con toda dignidad. Porque nosotros somos así, de la vieja escuela. Allá esos americanos que lo hacen todo en mangas de camisa... Lo que me asusta, camarada Molinsky, son tus reacciones sentimentales ante el bochornoso espectáculo de la Europa occidental.

MOLINSKY.—Bueno... Tanto como bochornoso... ¡Je!

KOPROFF.—¡Bochornoso! (*Indignado*) ¿Es que no lees los periódicos del partido?

(*Molinsky baja la cabeza, muy contrito, y recita*)

MOLINSKY.—Sí, camarada. Toda la Europa occidental gime bajo el yugo del capitalismo imperialista. Al ponerlo en duda me he convertido en un traidor y en un enemigo del pueblo y debo ser castigado para purgar todos mis crímenes...

KOPROFF.—(*Sonríe complacido*) Bien, bien. Esa sinceridad denota en ti un verdadero revolucionario. Te felicito, camarada Molinsky. Pero también deseo que comprendas el honor que te han hecho nuestros jefes al elegirte, entre muchos, para que me acompañaras en esta histórica misión. Porque esta noche, aquí, en el Parador de San Mauricio, ocurrirá algo que puede cambiar el mapa de Europa...

MOLINSKY.—¿Otra vez?

KOPROFF.—¡Sí!

MOLINSKY.—(*Admiradísimo*) ¡Hay que ver! ¡Qué grande eres, camarada Koproff!

KOPROFF.—¡Bah! (*Con superior modestia*) ¡La experiencia! Son veinte años viajando por el mundo, siempre en importantes misiones del Servicio Secreto. ¡Puedo decir sin vanidad que soy el agente secreto más popular del mundo! Una vez, los espías de todos los países me dieron un banquete. ¡Fue una hermosa comida de hermandad!

MOLINSKY.—(*Todo noble emulación*) ¡Camarada Koproff! ¿Tú crees que con el tiempo llegaré a ser un agente secreto tan célebre como tú?

KOPROFF.—¡Quién sabe! Parece que tienes ciertas condiciones...

MOLINSKY.—(*Entusiasmado*) ¡Bravo! ¡Bravo!

(*Baja el Maître por donde se fue*)

MAÎTRE.—Buenas tardes. ¿Los señores acaban de llegar? Estoy a las órdenes de los señores...

KOPROFF.—(*Glacial*) ¿Hablo con Tomás Dulac, antiguo «croupier» en el Casino de Biarritz, ex-camarero en Estoril, Maître en el Parador de San Mauricio desde hace cinco años, hombre sin ideas políticas reconocidas, pero evidentemente reaccionario?...

MAÎTRE.—(*Estupefacto*) Sí, señor. Ese soy yo.

KOPROFF.—¿El cocinero es polaco?

MAÎTRE.—Sí, señor.

KOPROFF.—¿En el hotel hay cinco camareras?

MAÎTRE.—¡Seis!

KOPROFF.—¡Cinco! La semana pasada despidieron a una...

MAÎTRE.—(*Atónito*) Es verdad. Se me había olvidado. Pero, Dios mío, ¿cómo es posible que el señor lo sepa todo?

MOLINSKY.—(*Divertidísimo*) ¡Anda! Pero qué tonto es este señor... Todavía no se ha dado cuenta de que somos agentes secretos.

MAÎTRE.—¿Cómo? (*Horrorizado*) ¿Los señores son agentes secretos?

MOLINSKY.—¡Sí!

MAÎTRE.—¿Espías?

MOLINSKY.—Para servirle... ¿Cómo está usted?

MAÎTRE.—Dios nos asista... ¡Los espías en el hotel! ¿Qué va a ser de nosotros?

(Se deja caer en un sillón, junto a la chimenea, preocupadísimo. Aparece Paloma en la escalerita de la derecha. Más fragante que nunca)

PALOMA.—¡Tomás! Estoy llamando y no contesta nadie. ¿Qué pasa? ¡Oh!, perdón. Buenos días...

MAÎTRE.—¡Cuidado! ¡No se acerque, señorita!

PALOMA.—¡Ay! ¿Por qué?

MAÎTRE.—¡¡Son espías!!

PALOMA.—¿Espías?

MAÎTRE.—¡Sí!

PALOMA.—(*Alegrísima*) ¿Son ustedes espías?

KOPROFF.—¡Señorita! (*Muy halagado*) No está bien que uno lo diga...

PALOMA.—(*En el colmo de la felicidad*) ¡Dios mío! Con las ganas que tenía yo de conocer a los espías. ¡Es fantástico! Pero ¿cómo no me he dado cuenta? Si fijándose bien, se nota en seguida. ¿Cómo se llama usted?

KOPROFF.—¡Koproff!

PALOMA.—¡Me lo estaba figurando! ¿Y usted?

MOLINSKY.—¡Molinsky!

PALOMA.—¡Vamos! (*Con ternura*) Tan jovencito y ya es espía. ¿Tiene usted mamá y hermanitos?

MOLINSKY.—Sí, señora. Mi madre es directora de una fábrica de tractores.

PALOMA.—¡Ay! ¡Pobre señora! (*Horrorizada*) ¡Qué cosas tiene la vida!

MAÎTRE.—Pero, señorita Paloma...

PALOMA.—¿Te quieres callar, Tomás? No comprendo por qué pones esa cara. Han venido los espías y todavía no estás contento. Cuando se sepa por ahí se te llenará todo esto de millonarios... (*Corre presurosa hasta la escalera de la izquierda y llama muy contenta*) ¡Silvia! ¡Lilí! ¡Lilí! ¡Silvia! Venid. Daos prisa. ¡Han venido los espías!

MOLINSKY.—Oye. ¿Sabes que hemos caído muy bien?

KOPROFF.—¡Oh! Como siempre. En París, cuando voy a hacer espionaje al «Quai d'Orsay», los porteros me piden autógrafos...¹

PALOMA.—¡Lilí! ¡Silvia! ¡Lilí!

(*Surgen atropelladamente y muy emocionadas Silvia y Lilí*)

SILVIA.—¡Ay, señorita! ¿Es verdad que han venido los espías?

PALOMA.—¡Miradlos!

SILVIA.—¡Ay!

PALOMA.—¿Os gustan?

SILVIA.—¡Muchísimo!

LILÍ.—¡Qué bien están!

(*Koproff y Molinsky se inclinan muy agradecidos*)

KOPROFF.—Gracias.

MOLINSKY.—Muchas gracias. Es favor.

DUQUESA.—(*Dentro*) ¿Dónde están los espías? Yo también soy espía...

TODOS.—¡Oh!

(*Surge la Duquesa todo lo aprisa que puede*)

MAÎTRE.—¿Qué dice, señora Duquesa?

1 *Quai d'Orsay*: el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, por estar situado en esa calle de París.

DUQUESA.—¡Naturalmente, hijito! Fui una de las mejores espías de la guerra del catorce. ¡Ay! Entonces, todas las mujeres hermosas éramos espías... (*Se planta atentamente frente a Koproff y Molinsky y los examina con sus impertinentes*)
¿Son estos?

PALOMA.—Sí, sí... Estos.

SILVIA.—Estos, estos.

LILÍ.—¿Le gustan?

DUQUESA.—A ver... No están mal. ¿Están ustedes numerados?

KOPROFF.—No, señora.

DUQUESA.—¡Ah! ¿No? ¡Dios mío! ¡Cómo ha progresado el espionaje! Cuando pienso que en la Gran Guerra a muchos espías los cogían por el número. ¡Pobrecitos! A mí, para que pasara inadvertida, me llamaban Rosa de Francia. Tuve que hacer el amor a muchos espías enemigos que, por cierto, eran encantadores. Una vez conocí a un ruso que me llevó con él a Moscú. ¡Ah, Rusia! ¡Cómo me gusta ese país! Siempre está nevando. Y luego, como la gente allí es tan religiosa, todo está lleno de popes...

MOLINSKY.—Oye... (*Muy interesado*) ¿Qué es un pope?

KOPROFF.—¡¡Silencio!!

MOLINSKY.—¡Oh!

(La Duquesa ya se ha sentado a la izquierda en el sillón del centro, y, con un gesto, invita a Koproff a sentarse a su lado. Paloma, Silvia, Lilí y Molinsky los rodean. El Maître atiende a la escena apoyado en la repisa de la chimenea)

DUQUESA.—Bien. Y ahora que estamos en confianza ¿qué planes traen ustedes?

KOPROFF.—¡Señora!

PALOMA.—(*Jubilosísima*) Eso, eso. ¡Que lo diga!

SILVIA.—Sí, sí, sí...

LILÍ.—¡Ande! Cuéntelo todo...

KOPROFF.—No sé si debo...

TODOS.—¡Sí! ¡Sí!

MOLINSKY.—Hombre, no te hagas rogar...

DUQUESA.—Mire usted, compañero. Yo, cuando era espía, nunca andaba con secretos...

KOPROFF.—Bien. (*Muy prudente*) ¿Estamos solos?

TODOS.—¡Sí!

DUQUESA.—Completamente solos. ¡Hable tranquilo!

KOPROFF.—Entonces se lo contaré. (*Mira en torno. Muy en secreto*) Una noche de este verano, en una villa de Niza, se celebró una gran fiesta internacional. Llegaron invitados de todas las partes del mundo. Millonarios, aristócratas, artistas y un torero español. Pero llegaron también tres reyes en el exilio.

TODOS.—(*Un murmullo*) ¡Oh!

DUQUESA.—¡Tres reyes! (*Soñadora*) ¡Qué hermoso espectáculo!

KOPROFF.—Eran: Su Majestad Imperial Alí-Harom el Magnífico, Su Majestad Alberto V y Su Alteza Real el Príncipe Federico, que pretenden volver a reinar en el trono de sus antepasados. (*Sonríe*) Pero, naturalmente, allí estaba también el Servicio Secreto...

DUQUESA.—(*Experta*) ¿Algún camarero disfrazado?

KOPROFF.—No... Toda la orquesta.

DUQUESA.—(*Boquiabierto*) ¡Dios mío! Cómo se trabaja ahora...

KOPROFF.—Por nuestros agentes supimos en la Oficina Central que aquella noche los tres reyes quedaron citados para pasar la Navidad solos los tres y en el más riguroso incógnito en algún lugar apartado. No hemos podido averiguar todavía el objeto de esa misteriosa cena real. Pero sí hemos descubierto el lugar de la cita...

PALOMA.—(*Impacientísima*) ¡Ay! ¿Dónde es?

TODOS.—¿Dónde?

MOLINSKY.—(*Excitadísimo*) ¡Aquí!

TODOS.—(*Suspensos*) ¡Aquí!

MOLINSKY.—¡¡Sí!! ¡Aquí! (*Más sosegado*) ¡Ea! Estaba rabiando por decirlo...

DUQUESA.—(*En pie, impresionadísima*) Entonces, Sus Majestades llegarán de un momento a otro...

KOPROFF.—Ya han llegado. (*Mira al techo, con una larga sonrisa un poco demoníaca. Los demás, sugestionados, elevan también los ojos hasta lo alto con muchísimo respeto*) Están arriba.

TODOS.—¡Oh!

KOPROFF.—(*Con gozo*) Ya son míos...

MAÎTRE.—(*Muy bajito. Un escalofrío*) ¿Es que van ustedes a asesinarlos?

(*Koproff y Molinsky se estremecen horrorizados*)

KOPROFF.—¿Qué está usted diciendo?

MOLINSKY.—¡Qué bárbaro!

PALOMA.—¿Cómo has podido pensar eso?

DUQUESA.—Pero, Tomás...

(El Maître, muy avergonzado, baja la cabeza)

MAÎTRE.—Creí que era la costumbre...

KOPROFF.—*(Con muchísima ternura)* Pero si estamos aquí para velar por ellos...

DUQUESA.—¿De veras?

KOPROFF.—¡Claro! Deben de sentirse tan desvalidos. Los reyes no son como los demás hombres. No tienen sentido práctico de la vida. No conocen las pequeñas necesidades humanas...

MOLINSKY.—*(Emocionadísimo también)* Nada.... No conocen nada.

KOPROFF.—¡Pobres!

MOLINSKY.—Son como niños...

DUQUESA.—¡Dios mío! *(Muy conmovida)* ¡Qué buen corazón tienen estos espías!

KOPROFF.—*(Venciendo virilmente su emoción)* Pero Sus Majestades pueden descansar tranquilos, que no están solos. ¡Aquí está el Partido para velar por ellos! ¿No es cierto, camarada Molinsky?

MOLINSKY.—*(Con fervor)* ¡Sí, camarada Koproff!

(Koproff se vuelve, autoritario, hacia el Maître)

KOPROFF.—Tome usted nota de que los reyes están invitados por el Partido. Todo está pagado. Por eso, cuando llamé por teléfono para anunciarle la llegada de Sus Majestades, porque fui yo quien llamó, le dije a usted que en la mesa no faltara el caviar. Me parece una delicada insinuación. Pero ¡silencio! Ellos no deben saber nada. Después, lo comprenderán todo. Porque esta noche, en la cena de Navidad de los tres reyes, yo, en nombre del Partido, voy a plantear la mejor jugada política del siglo... ¡Será algo que asombrará al mundo entero! *(Con otra voz, muy confidencial)* Naturalmente, todo esto que quede entre nosotros... ¡Sígueme!

(Sale Koproff lentamente, por la derecha, seguido de Molinsky. Un segundo después, el Maître les sigue. Quedan en escena las cuatro mujeres emocionadísimas. Un fugaz silencio)

SILVIA.—¡Ay, qué nerviosa! Pero qué nerviosa me estoy poniendo...

LILÍ.—Y yo, y yo... ¡Estoy más nerviosa!

DUQUESA.—¡Y luego dicen que ha pasado el tiempo! Pero si está todo igual. Los reyes. Los espías. ¿Volveré a ser Rosa de Francia? Vamos. Voy a vestirme como es debido y me pondré todas mis joyas. Me dice el corazón que esta noche hago aquí mucha falta... Vamos, vamos, ayúdame.

LILÍ.—¡Sí, señora!

(Sale la Duquesa por la derecha, apoyada en su bastón y en un brazo de Lilí. Quedan en escena Paloma y Silvia. Paloma, zambullida en su sillón con las piernas encogidas y los ojos clavados en el techo)

SILVIA.—¿En qué piensa usted, señorita?

PALOMA.—Pienso en ese príncipe Federico. ¿Cómo será?

(Con mucha timidez asoma el Príncipe por la meseta de la izquierda y desde allí se dirige prudentemente a la camarera)

FEDERICO.—Por favor. ¿Podría servir una tacita de café?

(Paloma, muy molesta, se vuelve hacia el importuno y grita airadamente)

PALOMA.—¡No!

FEDERICO.—*(Con susto)* ¡Caramba!

SILVIA.—No, señor. No estamos ahora para servir cafés...

FEDERICO.—Pero...

PALOMA.—*(Indignada)* ¡Joven! Lárguese y no sea impertinente...

FEDERICO.—¡Oh! Perdón...

(Sale. Paloma se reintegra a sus sueños)

PALOMA.—¡El príncipe Federico! ¡Tiene que ser un verdadero príncipe! ¡Figúrate! Cuando yo trabajaba en los teatros de los pueblecitos y dormía en las camas sucias de las fondas baratas, cuando yo era casi una niña, me dieron un papel de paje en un drama antiguo muy bonito. En la escena más emocionante, yo aparecía con una trompeta y gritaba: ¡El príncipe llega! *(Sonríe)* Pero el príncipe no salía...

SILVIA.—¡Ay! ¿Por qué?

PALOMA.—Porque en la compañía no teníamos príncipe. Todos los cómicos eran feos y viejecitos. Y un príncipe, un verdadero príncipe, siempre es joven, guapo y arrogante. ¡Eso lo sabe muy bien el público! Luego, de madrugada, cuando en un rincón de la estación esperábamos muertos de frío la llegada del tren, yo cerraba los ojos y soñaba. Me empeñaba en adivinar cómo sería

de verdad aquel príncipe maravilloso que nunca salía a escena. Y como tengo esta imaginación, hasta le veía...

SILVIA.—(*Con mucho interés*) ¿Cómo le veía la señorita?

PALOMA.—Irresistible. (*Soñadora*) Montado en un caballo blanco...

SILVIA.—¡Ay, señorita!

(*De pronto, Paloma salta del sillón y avanza*)

PALOMA.—¡Silvia!

SILVIA.—¡Señorita Paloma!

PALOMA.—Se han enamorado de mí muchos hombres, ¿sabes? Y he jugado con todos. Porque yo, aunque no se me note, soy bastante coqueta...

SILVIA.—Pero si se le nota...

PALOMA.—¿Mucho?

SILVIA.—Lo natural...

PALOMA.—Entonces, mejor todavía. ¡Silvia! Entre todos los hombres que he enamorado, me falta un príncipe. Y esta noche voy a hacerle el amor al príncipe Federico...

SILVIA.—¡No, señorita!

PALOMA.—¡Te digo que sí!

SILVIA.—¿No será una falta de respeto?

PALOMA.—A los hombres, por muy príncipes que sean, solo se les falta al respeto cuando no se les hace caso. (*Con ternura*) Son muy femeninos...

SILVIA.—Pero, ¿qué dirá el señorito René cuando se entere?

PALOMA.—Mujer... El señorito René es otra cosa.² Ya te he dicho que le quiero como una madre. Por eso, de vez en cuando, hasta le dejo que se quede una noche en mi casa... Pero no pongas esa cara. Lo hago para que no sufra la reputación de René. Porque la verdad es que le encierro en el salón y el infeliz se queda dormido en el sofá como un animalito. (*Tiernamente*) De madrugada, se despierta y empieza a dar gritos.

SILVIA.—¡Claro!

PALOMA.—No, no... Nada de eso. Se despierta porque tiene frío y pide otra manta. Ya te digo que es un animalito. (*Transición*) Siempre he tenido que querer a los hombres como una madre. No sé por qué, pero parece mi destino. Todos, todos eran unos infelices, que no sé qué hubieran hecho sin mí. Ahora quiero conocer el amor de un hombre distinto. ¿Y quién mejor que un príncipe? Un

2 ¿Se entiende que René es homosexual?

príncipe joven, fuerte, dominador. *(Transición)* ¡Silvia! En mi maleta hay un vestido. Sube a mi cuarto y prepáralo todo. ¡Corre!

SILVIA.—¡Sí, señorita! ¡Ay, Dios mío!

(Silvia sale corriendo por la escalerita de la derecha. Paloma, sola, dichosísima, se inclina con gran ringorrango frente a un personaje imaginario que, al parecer, debe estar en un extremo, en primer término, a la izquierda)

PALOMA.—¡Príncipe Federico! A los pies de Su Alteza Real... Yo soy Paloma Monetti.

(Surge Federico en la meseta de la escalera de la izquierda, hojeando con muchísimo interés un libro que trae entre las manos. Cruza la estancia ensimismado sin alzar los ojos y, tranquilamente, se sienta en el sillón junto a la chimenea)

PALOMA.—¡Oiga! ¿Otra vez está usted ahí?

FEDERICO.—¡Je! Si no molesto...

(Se zambulle en la lectura afanosamente. Un pequeño silencio)

PALOMA.—¿Se puede saber qué lee usted con tanta atención?

FEDERICO.—¡Je! Es un estudio comparado de Economía Liberal y Economía Dirigida...

PALOMA.—¡Ay! ¿Y eso es bonito?

FEDERICO.—¡Oh! Es apasionante. Como que estoy deseando llegar al final... *(Muy amable)* ¿Quiere usted que se lo preste?

PALOMA.—No, no. Muchas gracias. Ya me dirá usted cómo acaba. A mí, en los libros de intriga, lo que me gusta es el final...

FEDERICO.—¡Je!

PALOMA.—¿Es usted extranjero?

FEDERICO.—¡Sí, señorita! Vivo muy lejos de aquí. *(Sonríe)* Bueno, en realidad vivo en una biblioteca...

PALOMA.—¡Ah! Se nota.

FEDERICO.—¿Usted cree?

PALOMA.—Sí, sí. Se nota que tiene usted aspecto de profesor... ¿Acierto?

FEDERICO.—¡Je! *(La mira y sonríe)* Sí, señorita. Acertó usted.

PALOMA.—¡Ah! Mis presentimientos no me engañan nunca. Buenas tardes, profesor. ¡Feliz Navidad!

FEDERICO.—¡Feliz Navidad! *(Ella cruza corriendo hasta la escalera de la derecha. Él la llama y ella se vuelve ya arriba, en la meseta)* ¡Señorita!

PALOMA.—¿Qué?

FEDERICO.—*(Sonrojadísimo)* No, nada. Quería decirle que es usted muy bonita...

PALOMA.—*(Encantada)* ¿Le gusto, profesor?

FEDERICO.—Muchísimo...

PALOMA.—¿Verdad que, si yo me lo propongo, esta noche puedo conquistar a un hombre?

FEDERICO.—¡Oh! *(Baja los ojos)* Si usted se empeña, le volverá loco...

PALOMA.—¡Gracias!

(Le envía un beso por el aire y sale corriendo. El Príncipe se deja caer en el sillón. Intenta leer, pero no puede. Reclina la cabeza sobre el respaldo y cierra los ojos. Sonríe. Por la derecha asoman Koproff y Molinsky. Al ver al Príncipe en actitud de durmiente se detienen y le contemplan con la mayor ternura)

KOPROFF.—¡Oh, mira!

MOLINSKY.—¡Se ha dormido! Pobrecito...

KOPROFF.—¡Chiss! Espera...

(Toma la manta que está sobre el sofá y, amorosamente, ayudado por Molinsky cubre con toda delicadeza las piernas del Príncipe. Este se sobresalta ligeramente)

FEDERICO.—¿Qué? ¿Quién?

KOPROFF.—¡Chiss! No es nada. Es que, por aquí, siempre corre fresquito... Duerma...

MOLINSKY.—Duerma, duerma... ¡Chiss!

(Los dos se marchan de puntillas hacia el fondo. El Príncipe los contempla muy asombrado)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado del acto anterior. Un par de horas después. Pero, en este tiempo, se han verificado algunas transformaciones.

En la zona de la izquierda han desaparecido los sillones y la mesita. Y se ha instalado una gran mesa cubierta con riquísima mantelería. Sobre el mantel, dos soberbios candelabros con las velas encendidas y un fantástico centro de flores frescas. Los cubiertos están dispuestos así: uno, en el centro, frente al público, y los otros dos, uno en cada extremo de la mesa. Todo el servicio es suntuoso y el aspecto de la mesa resulta impresionante. Tres esplendorosos y lujosísimos sillones dorados, con el respaldo y el asiento tapizados en rojo, esperan a los tres comensales.

La gran vidriera del fondo tiene las cortinas corridas. Junto a la chimenea todo está como antes: el sofá y el sillón.

(Están en escena la Duquesa, Silvia y el Maître. El Maître da los últimos toques a los cubiertos, rectifica la posición de los sillones, etc. La Duquesa, que viste con el esplendor de sus mejores tiempos, ayudada por Silvia, arregla, todo lo artísticamente que puede, las flores de la mesa. Los tres están muy excitados)

DUQUESA.—Por favor, hijita. ¡Un poco de cuidado! Tocas las flores como si fueran verduras...

SILVIA.—¡Ay, señora Duquesa! Es que estoy muy nerviosa...

DUQUESA.—Estás muy nerviosa, estás muy nerviosa. Todos estáis muy nerviosos.

Deberíais aprender de mí, que nunca pierdo el juicio...

MAÎTRE.—Más a prisa, Silvia. Solo faltan unos minutos...

SILVIA.—Sí, señor. Ya está todo.

MAÎTRE.—¡Oh, qué noche!

DUQUESA.—¡Ay! Estoy rabiando por conocer a Sus Majestades.

MAÎTRE.—Y yo también, señora Duquesa. Como desde que llegaron no han salido de sus habitaciones...

(Asoma Lili por la escalerita de la izquierda y llama)

LILÍ.—¡Chiss!

MAÎTRE.—¿Ya vienen?

LILÍ.—Todavía no. Sigue cada uno en su cuarto. (*Muy enternecida*) Pero el más viejecito de los tres se ha puesto a silbar...

DUQUESA.—¡Oh! ¡Qué señorío!

MAÎTRE.—¡No puede negar que es un rey!

DUQUESA.—¿Y qué es lo que silba? ¿Música clásica?

LILÍ.—¡Sí, señora! ¡«La viuda alegre»!³

(*Y sale por donde vino*)

DUQUESA.—¡Me lo figuraba! ¡Qué delicado espíritu musical tiene Su Majestad! «La viuda alegre» es una obra preciosa, preciosa. Hay una escena que siempre me hace llorar: cuando ese pobrecito Mario Cavaradossi canta el «Adiós a la vida».⁴ ¡Ah! He visto muchísimas veces «La viuda alegre»; me la sé de memoria y siempre, siempre tengo que llorar cuando llega el «Adiós a la vida»...

(*Por la escalera de la derecha bajan Koproff y Molinsky. Ambos visten magníficos fracs, y sobre las blancas pecheras impolutas llevan una banda roja exactamente igual los dos. Se quedan embelesados ante la gran mesa*)

KOPROFF.—¡Oh! ¿Qué te parece, Molinsky?

MOLINSKY.—¡Qué hermosura!

KOPROFF.—(*Casi emocionado*) Es una mesa digna de tres reyes. Ya los estoy viendo. Ahí, en el centro, Alberto v. Allí, su Majestad Imperial Alí-Harom. Aquí, el Príncipe Federico. (*Da una vuelta alrededor de la mesa. De pronto, muy inquieto*) ¡Duquesa! ¿Está usted segura de que entre esas flores no se esconde algún peligro para las vidas de Sus Majestades? (*Muy experto*) Es el método clásico...

DUQUESA.—(*Con muchísima dignidad*) ¡Camarada Koproff! Si debajo de estas flores hubiera una bomba, yo lo habría notado. ¡Soy muy perspicaz!

3 *La viuda alegre*: escrita en 1905 por el escritor austro-húngaro Franz Lehár, ha sido una de las operetas más exitosas del siglo xx. Que la consideren “música clásica” tiene sin duda una finalidad humorística.

4 *Adiós a la vida*: aria que canta el pintor Cavaradossi, condenado a muerte, en el acto tercero de *Tosca* (estr. 1900), ópera de Giacomo Puccini (1858-1924), con libreto de Giuseppe Giacosa y Luigi Illica, basado en la obra *La Tosca*, del francés Victorien Sardou. El aria comienza «E lucevan le stelle...». Naturalmente, la Duquesa es una ignorante que lo confunde todo.

KOPROFF.—(*Gruñe*) ¡Hum! Está bien. Pero todas las precauciones me parecen pocas para garantizar la seguridad de Sus Majestades, que son huéspedes del Partido... ¡Camarada Molinsky!

MOLINSKY.—¡Camarada Koproff!

KOPROFF.—Vete la cocina y vigila al cocinero. Es polaco y no me fío...

MOLINSKY.—Sí, camarada.

(Sale Molinsky diligentemente. Koproff se vuelve hacia el Maître)

KOPROFF.—Faltan unos minutos para las nueve. Ya no tardarán en bajar Sus Majestades. Póngase usted inmediatamente a sus órdenes, pero de ningún modo se dé usted por enterado de su verdadera personalidad.

MAÎTRE.—Sí, señor.

KOPROFF.—Dejémosles conservar el incógnito hasta que llegue el momento. (*Sonríe inefablemente*) Y ¡qué momento! (*Ya en la puerta de la derecha, se vuelve y contempla la mesa con verdadero orgullo*) ¡Ah! Es la vieja Europa que vuelve...

(Sale. Entre los tres personajes que quedan en escena hay un pequeño silencio de admiración)

SILVIA.—¡Qué hombre!

MAÎTRE.—¡Es todo un carácter!

DUQUESA.—¡Qué monárquico es este espía! Por eso me gusta. En mis tiempos, todos éramos monárquicos. ¡Todos! Los que no eran monárquicos, eran anarquistas para llamar la atención. Pero como eran muy poquitos y todos llevaban barbas, en seguida los cogía la policía. (*Muy sentimental*) ¡Ah! Una vez, en Berlín, se enamoró de mí un anarquista muy simpático que se ganaba la vida haciendo atentados... Pero nunca había matado a nadie. Era un bendito. (*Comienza a oírse cerca, pero en un tono muy suave y muy bajo, casi dulcemente, la melodía de «Canción de Navidad». Todos vuelven la cabeza hacia la escalera de la derecha*) ¡Oh! ¿Qué es eso?

(Y en la escalera surge Paloma, alegre, casi aladamente. Viste un traje de noche corto con vaporosas faldas de tul. Y la sonrisa y los ojos le resplandecen)

PALOMA.—¡Buenas noches! ¿Qué tal estoy?

MAÎTRE.—Admirable...

SILVIA.—¡Ay, señorita Paloma!

PALOMA.—Un paso, dos pasos, tres pasos... (*Ya está en el centro y se inclina hacia el Maître en una gran reverencia*) ¡Príncipe Federico! A los pies de Su Alteza...

DUQUESA.—(*Extrañadísima*) ¿Qué está usted haciendo, hija mía?

PALOMA.—¡Chiss! Estoy ensayando mi encuentro con el Príncipe Federico... Ese disco es la música de fondo, que ayuda mucho. (*Transición. Al Maître otra vez, encantadoramente*) ¿Martini o Jerez, Alteza?

MAÎTRE.—(*Muy serio*) ¿Qué debo contestar?

PALOMA.—¡Tú te callas!

MAÎTRE.—Sí, señorita...

DUQUESA.—¡Dios mío! Lo que sabe esta muchacha... (*Transición*) Entonces, ¿está usted decidida, hijita?

PALOMA.—¡Sí! Todo lo que ocurre aquí esta noche tiene aire de aventura. ¿Por qué no ha de ser para mí también mi gran aventura? (*Transición*) Además, estoy harta de infelices. Esta vez se trata de un príncipe. ¡Un príncipe nada menos! Comprenderá usted que no puedo perder la ocasión.

DUQUESA.—(*Con risueño secreto*) Hace usted muy bien, querida. ¿Sabe usted que una vez, hace muchos años, yo también me propuse conquistar a un príncipe?

PALOMA.—(*Emocionadísima*) ¡Ay, Duquesa! ¿Y lo consiguió?

DUQUESA.—Mujer... Eso no se pregunta.

PALOMA.—¿Cómo era?

DUQUESA.—Era un hombre magnífico... Un príncipe encantador. (*Con suave nostalgia*) ¡Je! Fue en un balneario. Entonces todos íbamos a los balnearios para divertirnos. Ahora solo van los reumáticos para tomar las aguas... Así está todo. Recuerdo que era una noche de verano. El príncipe y yo estábamos solos en el salón. Yo me senté al piano y canté una canción. Nada más. (*Sonríe*) Fue muy fácil.

PALOMA.—¿Era una canción picante?

DUQUESA.—¡Je! Un poquito... (*Con cierta satisfacción*) Entonces éramos todos muy libertinos.

(*Aparece Lili, sobresaltadísima, en la meseta de la izquierda*)

LILÍ.—¡Ya vienen! ¡Ya están ahí!

(*Un gran revuelo*)

TODOS.—¡Oh!

MAÎTRE.—Vamos, vamos... Por favor.

PALOMA.—¡Ay, Duquesa! ¡Ha llegado el momento!

(Y escapa. Sube los peldaños de la derecha y desaparece)

SILVIA.—¡Señora Duquesa! ¿Se va usted a quedar escuchando?

DUQUESA.—¡Naturalmente! Desde que fui espía siempre escucho detrás de las puertas...

(Sale la Duquesa con Silvia y Lili por la derecha. Solo queda en escena el Maître, junto a la chimenea, muy tieso, en funciones. Y por la escalerita de la izquierda, tan tranquilo, silbando bajito, con las manos en los bolsillos del pantalón, con su bufanda liada al cuello, y con su eterno aire de estar en la luna, baja el Príncipe Federico)

FEDERICO.—Buenas noches.

MAÎTRE.—Buenas noches, señor.

(El Maître se dobla en una gran reverencia, que resulta estéril porque el Príncipe no le ve, interesadísimo como está ante la gran mesa dispuesta)

FEDERICO.—¡Hola! ¡Vaya mesa! Por lo visto, tienen ustedes huéspedes de importancia...

MAÎTRE.—*(Con toda su alma)* De muchísima importancia, señor...

FEDERICO.—¿Americanos?

MAÎTRE.—¡Más! Mucho más importantes...

FEDERICO.—¿Más? Pues no caigo... *(Sonriendo)* Oiga, por curiosidad: ¿Qué van a comer estos señores?

MAÎTRE.—¡Oh! Sopa de tortuga, salmón, caviar, langosta, pavo relleno, dulces, frutas, helados, vinos, champán...

FEDERICO.—¡Qué bárbaros!

MAÎTRE.—¡Oh!

FEDERICO.—*(Escandalizado)* Pero todo eso saldrá carísimo...

MAÎTRE.—*(Confidencial)* Está todo pagado, señor...

FEDERICO.—¿De verdad? *(Con nostalgia)* ¡Qué suerte tienen algunos!

MAÎTRE.—Con permiso del señor. Estoy a las órdenes de los señores...

(Se inclina todo lo que puede, pero tampoco esta vez el Príncipe lo advierte, y sale. Federico, casi embelesado, da una vuelta alrededor de la mesa. Y baja el Rey Alberto por la escalera de la izquierda. Igual que el Príncipe, viste como en el primer acto)

ALBERTO.—¡Caramba! ¿Para quién es este lujo?

FEDERICO.—¡Chiss! Por lo visto, hay peces gordos...

ALBERTO.—¡Ah, vamos!

FEDERICO.—Pues si conociera usted el menú... Tienen hasta caviar.

ALBERTO.—¿Caviar?

FEDERICO.—¡Caviar!

ALBERTO.—¡Qué derroche! *(Se queda mirando la mesa con mucho respeto)* Gente de izquierdas, como si lo viera...

FEDERICO.—¿Cree usted?

ALBERTO.—*(Un suspiro)* Sí, hijo mío. El verdadero lujo es una consecuencia de la Revolución. Antes no éramos así. En mi corte se vivía con mucha modestia. Era la corte pequeñita de un pequeño país y no podíamos meternos en gastos. Quizá en las fiestas de gran trascendencia diplomática hacíamos un exceso. Pero nunca llegábamos a estos dispendios. *(Sonríe)* A diario, la reina y yo comíamos en un comedor muy chiquito que tenía un ventanal al jardín. Pero todo muy sencillito, ¿sabes? Y de comer, casi nada. Como los dos estábamos a régimen. Después, en el destierro, ya viudo y solo, muchísimo menos. En París soy un buen cliente de los restaurantes modestos. Porque la verdad, hijo, es que no ando bien de dinero...

FEDERICO.—*(Con melancolía)* Yo ni siquiera puedo recordar cómo se servía la mesa en palacio. Nací en el destierro. He de cerrar los ojos para imaginármelo todo. En el exilio, los reyes tenemos que vivir de la imaginación, como los poetas. Ya ve usted: cuando yo vine al mundo, mi madre me nombró Sargento Honorario de la Guardia Real. Y la semana pasada me hizo Coronel...

ALBERTO.—Pues habiendo empezado tan joven no lleva usted una gran carrera...

FEDERICO.—¡Je! Es que mi madre es muy severa y no tolera favoritismos...

(Aparece Alí-Harom en la meseta de la izquierda. También lleva su único traje. Y se queda suspenso de admiración ante la mesa)

ALÍ-HAROM.—¡Por el Profeta! ¿Es que ha venido alguien de Hollywood?

(Ríen Alberto y Federico)

ALBERTO.—¡Querido Alí!

ALÍ-HAROM.—(*Absorto*) ¡Qué mesa! Cuánto esplendor... (*De pronto*) ¿Estamos solos? Pues me aprovecharé un ratito... (*Y rápidamente, sin que nadie lo pueda evitar, toma asiento en el sillón central, donde se repantinga a su gusto*) ¡Je!

FEDERICO.—Pero, hombre, ¿qué hace usted?

ALBERTO.—Este Alí-Harom...

ALÍ-HAROM.—(*Baja los ojos avergonzado*) ¡Je! No lo puedo remediar. Estas flores, estos lujos, estas luces, me recuerdan tantas cosas. En mi mesa se servía el vino en copas de oro... (*Se calla. Bruscamente, como un niño caprichoso, pero terriblemente encorajinado, pega un atroz puñetazo sobre la mesa*) ¡Oh!

ALBERTO.—(*Asustado*) ¡Alí-Harom!

ALÍ-HAROM.—¡Yo quiero mi trono!

FEDERICO.—¡No grite!

ALÍ-HAROM.—¡He dicho que quiero mi trono! ¡Quiero volver a reinar! No renuncio a todo lo que he perdido. ¡Quiero volver a mi país! Sueño a todas horas con ese gran día. Ya me veo en la terraza del Palacio Imperial dirigiéndome a la muchedumbre. Hasta tengo preparado mi discurso. Escuchen. (*En pie. En orador*) ¡Perros renegados que traicionasteis al Profeta!...

FEDERICO.—¡Oh!

ALBERTO.—¿Usted cree que ese comienzo es político?

ALÍ-HAROM.—(*Con superioridad*) ¡Oh! ¡Qué poco conoce usted la civilización oriental! Todo mi pueblo se hincará de rodillas cuando yo aparezca llevando sobre mis hombros la capa sagrada del Profeta...

ALBERTO.—¡Oh! He oído hablar de esa capa. ¿Es cierto que tiene virtudes milagrosas?

ALÍ-HAROM.—¡Sí! (*Con unción*) Desde hace miles de años, la capa del Profeta, con su poder sobrenatural, convierte en dioses sagrados a los monarcas de mi dinastía...

ALBERTO.—¿Y es bonita?

ALÍ-HAROM.—Preciosa... Roja por fuera y azul por dentro. (*Muy natural*) Me las hacen en Londres. (*Transición*) ¿Y usted? ¿No espera volver a reinar?

ALBERTO.—¿Pues qué quiere que le diga, amigo mío? En mi país hay ahora una República de derechas...

ALÍ-HAROM.—(*Pesimista*) Malo.

ALBERTO.—¡Malísimo! Las derechas no le ayudan a uno nada...

FEDERICO.—(*Un suspiro*) Eso es verdad.

ALBERTO.—Claro que, de vez en cuando, todavía suena mi nombre en las combinaciones internacionales de las cancillerías. Eso sí. Por otra parte,

en mi patria queda un grupo de viejos aristócratas que siguen haciendo la propaganda de mi restauración. Pero lo hacen por seguir la tradición. Parece que no se trata de nada serio. *(Sonríe)* No tienen prisa.

(Un levísimo silencio. En este instante, el Príncipe, lejos de los otros dos, está sentado en el sofá con los ojos fijos en el suelo. Habla hondamente para sí mismo)

FEDERICO.—Yo sí tengo prisa. ¡Quiero ser rey! ¡Y pronto! No solo para salvar a mi patria, sino para salvarme yo mismo. Desde que era un niño estoy oyendo en mis oídos las mismas palabras: ¡Tú serás rey! *(Sonríe)* El viejo castillo de Irlanda, rodeado de bosques y de niebla, era un romántico rincón para guardar al pequeño príncipe en el exilio. Mi tío, el Gran Duque, me enseñaba esgrima; mi madre me hablaba, en las largas veladas, de los días gloriosos de la dinastía y de las montañas verdes de esa patria que aún no conozco, y los criados, cuando jugaban conmigo en el parque, me llamaban Majestad... Esa fue mi niñez. ¿Comprenden ustedes? Me han hecho para ser rey. Pero todavía no lo soy. Y tengo que serlo si quiero sentirme dueño de mí mismo. Porque ahora, mientras espero un día y otro, solo soy un pobre muchacho torpe y tímido... Yo sabría decirle a todo mi pueblo, desde el balcón de Palacio, las grandes palabras patrióticas que debe pronunciar un rey. Pero me siento incapaz de decir en voz baja esas pequeñas palabras, esas hermosas palabras pequeñas que saben decir todos los hombres. Esta tarde, aquí mismo, apenas supe decirle bonita a una muchacha. Y le hubiera dicho tantas cosas, Dios mío, tantas cosas... *(Con emocionadísimo coraje)* ¡Oh! Es para echarse a llorar... *(Un silencio. El Príncipe vuelve la cabeza y, sonrojado, mira de reojo a Alberto y a Alí-Harom, que están al otro lado del escenario)* Discúlpeme. No sé por qué he dicho todo eso. Estoy avergonzado...

ALÍ-HAROM.—¡Príncipe! *(A Alberto)* ¿Qué le sucede?

ALBERTO.—*(Sonríe)* Deje... Debe de ser esa muchacha que ha pasado por aquí como un ángel. O como un demonio. Porque los ángeles y los demonios se parecen en que andan de puntillas. ¡Pobre príncipe! Yo me atrevería a jurar que esta noche de Navidad, lejos del viejo castillo, es su primera aventura... *(Transición)* Venga, Alí-Harom, creo que ha llegado el momento de buscar nuestra mesa.

ALÍ-HAROM.—Eso, eso. Yo quiero una copa...

ALBERTO.—Seguramente, nos habrán instalado por ahí, en cualquier rinconcito...

(Salen Alberto y Alí-Harom del brazo por la entrada de la izquierda. Queda el Príncipe solo en el sofá. Una pequeña pausa. Y vuelve a oírse el disco de «Canción de Navidad». El Príncipe, lentamente, vuelve los ojos hacia el fondo. Y allí surge Paloma. Sonríe. Busca algo y, como no lo encuentra, baja y se dirige al Príncipe con toda familiaridad)

PALOMA.—Oiga, profesor. ¿Dónde está el príncipe?

FEDERICO.—*(Asustado)* ¡Señorita! ¿Para qué busca usted al príncipe?

PALOMA.—¿No lo adivina? *(Con picardía)* Voy a hacerle el amor...

FEDERICO.—¡Señorita! Eso... Eso es una barbaridad.

PALOMA.—¡Ay! ¿Por qué?

FEDERICO.—*(Con rubor)* Porque le va usted a poner en un apuro...

PALOMA.—¡Oh! *(Ríe alegremente)* Pero, profesor... ¡El príncipe estará tan acostumbrado a que le asedien las mujeres!

FEDERICO.—¡Ca! No crea. Eso es propaganda monárquica...

PALOMA.—Para mí, ya comprenderá usted, profesor, que es muy fácil. Soy actriz. Y siempre he hecho la ingenua en las comedias de aristócratas. Cuando yo aparezca ante él, el Príncipe se me quedará mirando como si despertara de un sueño. Yo tendré los ojos llenos de lágrimas, como corresponde a una pobre muchacha inocente, que es lo que soy deslumbrada ante un príncipe. *(Sonríe)* Y entonces...

FEDERICO.—*(Muy curioso)* A ver, a ver...

PALOMA.—Entonces, me desmayaré...

FEDERICO.—*(Con susto)* ¿Será usted capaz?

PALOMA.—¡Ay, sí! *(Muy satisfecha)* Lo hago muy bien. De mi última película dijeron los críticos que desde Sara Bernhard hasta hoy nadie se ha desmayado como yo. Me desmayaré. Y el príncipe, que es un caballero, me llevará en brazos hasta mi cuarto...

FEDERICO.—*(Curiosísimo)* ¿Y después?

PALOMA.—Hombre, por Dios. Me va usted a poner colorada...

FEDERICO.—*(Boquiabierto)* ¡Ah, ya! Ya me hago cargo... *(Silenciosamente se sienta en el sillón. La mira)* ¡Señorita! ¿Qué idea tiene usted del príncipe?

PALOMA.—¡Oh! Yo nunca tengo ideas, profesor. Las odio. Yo solo tengo mucha imaginación y presentimientos. Si ahora mismo cerrara los ojos y el príncipe apareciera en esa puerta, yo podría decirle a usted cómo es sin mirarle. Le veo. Le veo vestido para la cena con su uniforme blanco y su gran capa roja...

FEDERICO.—Pero, señorita, eso es un príncipe de cuento de hadas...

PALOMA.—¡Claro! Un príncipe como Dios manda. Le veo fuerte, dominador, altanero, un poquito insolente. ¡Ay! Estos son los hombres que a mí me gustan. Debe de ser una sensación tan hermosa soportar toda la fuerza, todo el dominio y toda la soberbia de un hombre; sentir que se queda una sin voluntad, porque la voluntad de los dos es la suya. Y una no ser nada. Nada. No pensar. No existir siquiera. Como un gatito. ¡Digo! Pero si no hay más que ver lo contento que se pone René cuando se porta mal y tengo que darle una bofetada... *(Transición)* ¿Me comprende usted, verdad?

FEDERICO.—Sí, señorita. Todo lo que usted dice es muy natural... Y créame que, de buena gana, le daría una bofetada. *(La mira. Un suspiro)* Pero no puedo. ¿Sabe? No puedo.

PALOMA.—*(Casi con ternura)* Pobrecito... Usted es de los otros.

FEDERICO.—¡Je! ¿Se me nota mucho?

PALOMA.—Una barbaridad. Como que mirándole bien, resulta que usted y René se parecen muchísimo...

FEDERICO.—¿De veras?

PALOMA.—¡Son iguales!

FEDERICO.—Bueno. Eso pasa mucho. Pero ¿quién es René?

PALOMA.—¡Ay! ¿Y a usted qué le importa?

FEDERICO.—¡Je!

PALOMA.—*(Muy alegre)* ¿O es que también se va usted a meter en mi vida privada?

FEDERICO.—¡Je!

(Se miran. Se ríen. Ella vivamente. Él con timidez. Y en este momento aparecen Alberto y Alí-Harom que vuelven)

ALBERTO.—Por lo visto, se han olvidado de nosotros. Llamaremos al Maître... *(Se detienen los dos al descubrir al Príncipe y a Paloma)* ¡Príncipe Federico! Enhorabuena...

(Paloma se yergue, muda de estupor, con un grito sofocado en la garganta)

PALOMA.—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

FEDERICO.—*(Turbadísimo)* ¡Je!

PALOMA.—¿Es usted... el príncipe?

FEDERICO.—Sí, señorita... *(Humildemente)* Lo siento. Lo siento muchísimo.

PALOMA.—¡Oh!

(Le mira. Los mira a los tres y escapa sofocadísima, con silencioso coraje, a punto de llorar)

ALBERTO.—¡Caramba, Príncipe! ¿Quién es esta señorita?

(Paloma se detiene y se vuelve)

PALOMA.—¡Majestad! ¿Quién puedo ser yo, un pobre chica, rodeada de reyes? ¡Yo soy el pueblo!

ALBERTO.—¡Hola!

ALÍ-HAROM.—¡El pueblo!

PALOMA.—Sí, sí...

ALÍ-HAROM.—*(Complacidísimo)* Lo que es la civilización...

ALBERTO.—¡Vaya! Reconozco que yo tenía sobre el pueblo unas ideas muy equivocadas. Pero, en fin, si el pueblo es esta señorita, soy capaz de creer hasta en la democracia cristiana... *(Se vuelve hacia Alí-Harom)* Esta muchachita nos ha reconocido. Eso significa que estamos descubiertos...

ALÍ-HAROM.—¡Claro! *(Con muchísima razón)* Como venimos de incógnito... A mí, siempre que voy de incógnito a algún sitio, me piden autógrafos. No falla.

ALBERTO.—¡Señorita! ¿Cómo ha sabido usted de nuestra presencia en esta casa?

PALOMA.—¡Toma! Porque me lo han dicho los comunistas que están ahí...

LOS TRES.—*(Con un escalofrío)* ¿Qué?

PALOMA.—*(En su mundo)* ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!

(Echa a correr y desaparece por la escalera de la derecha. Los tres reyes, reunidos en la izquierda, están, como es natural, sobresaltadísimos. Y comienzan a hablar casi a un tiempo)

ALBERTO.—¿Qué ha dicho?

ALÍ-HAROM.—¿Ha dicho los comunistas?

FEDERICO.—Sí, sí. Eso ha dicho.

ALÍ-HAROM.—¡Los comunistas aquí! *(Nerviosísimo)* Eso es que vienen a matarme.

ALBERTO.—*(Indignado)* Hombre, no sea usted egoísta...

ALÍ-HAROM.—¡Oh!

ALBERTO.—¡Siempre quiere usted ser el único! Lo natural es que vengan a matar tres pájaros de un tiro...

FEDERICO.—¿Serán muchos?

ALBERTO.—¡Desde luego! Muchísimos. Ellos lo hacen todo en masa. Estará el Parador lleno de agentes comunistas...

FEDERICO.—¿Y qué vamos a hacer?

ALÍ-HAROM.—¡Eso! Porque algo hay que hacer...

ALBERTO.—A mí no se me ocurre nada. ¿Tienen ustedes armas?

ALÍ-HAROM.—Yo, no...

FEDERICO.—Yo, tampoco...

ALBERTO.—Ni yo... Estamos perdidos.

ALÍ-HAROM.—¡Qué horror!

(Surgen por la derecha Koproff y Molinsky. Muy ceremoniosamente, avanzan unos pasos y se inclinan ceremoniosos ante Sus Majestades)

ALBERTO.—¡Oh! Estos no deben saberlo...

ALÍ-HAROM.—¡Pobres!

ALBERTO.—¡Caballeros! Me creo en el deber de hacerles una advertencia. Tengan ustedes mucho cuidado. En la casa hay comunistas...

(Y con mucha prisa, los tres reyes, uno detrás del otro, suben la escalerita de la izquierda y desaparecen presurosamente. Koproff y Molinsky, avergonzadísimos, bajan los ojos al suelo... Y se sientan en el sofá)

MOLINSKY.—¡Je!

KOPROFF.—¿Has oído?

MOLINSKY.—¡Sí!

KOPROFF.—¡Nos han confundido!

MOLINSKY.—Ya, ya... Nos han llamado caballeros...

KOPROFF.—Esto no me había pasado nunca...

MOLINSKY.—Lo creo...

KOPROFF.—*(Amargamente)* ¡Veinte años! ¡Veinte años de agente secreto! ¿Y todo para qué? Para que me confundan con otro.

MOLINSKY.—¡Pobre camarada Koproff!

KOPROFF.—¡Silencio!

MOLINSKY.—¡Oh!

(Por la escalerita, pisando sin ruido alguno, bajan Alberto, Alí-Harom y Federico. Los tres han recuperado apresuradamente)

sus sombreros y cada uno lleva su maletita. Con toda decisión, pero sin ruido, pisando de puntillas, se dirigen a la salida de la izquierda. Koproff y Molinsky automáticamente se ponen en pie)

KOPROFF.—Con la venia de Sus Majestades. El camarada Basilio Koproff, Delegado del Servicio Secreto del Partido...

MOLINSKY.—El camarada Fedor Molinsky, Delegado Adjunto...

(Los dos se inclinan profundamente. Los tres reyes, inmóviles junto a la salida, se miran mudos de estupor)

LOS TRES.—¿Qué?

FEDERICO.—¿Son ustedes los... comunistas?

KOPROFF.—*(Rendidamente)* Para servir a Sus Majestades...

ALÍ-HAROM.—*(Más tranquilo)* Pero, hombre. ¿Por qué no lo han dicho antes?

MOLINSKY.—¡Pché! Porque no nos gusta darnos importancia...

(Los tres reyes se acercan despacito y examinan a los delegados con muchísima atención y un profundo asombro)

LOS TRES.—¡Oh!

ALBERTO.—Es asombroso. Tan elegantes, tan distinguidos. No se parecen en nada a la idea que uno tiene de los comunistas...

KOPROFF.—Lo creo, Majestad. *(Muy dolido)* Ese cine americano nos ha hecho tanto daño...⁵

ALÍ-HAROM.—*(Receloso)* ¡Oiga! ¿Practican ustedes las ejecuciones?

5 *Ninotchka* (1939), dirigida por Ernst Lubitsch y protagonizada por Greta Garbo, es un clásico de la comedia americana. Se trata de una farsa político-sentimental sobre una implacable mujer soviética que llega a París para recuperar un valioso cuadro que tres torpes funcionarios soviéticos no han sido capaces de conseguir. Al final, entre el «glamour» de la vida parisina, el amor de un abogado y la rivalidad femenina con la princesa rusa propietaria del cuadro, todo se arregla para la enamorada y transformada Ninotchka. La publicidad de la película explotó en los carteles el hecho de que la siempre fría y hierática Garbo reía en esta cinta. La historia original, de Melchior Lengyel, fue adaptada al cine por el gran Billy Wilder, entre otros, y supone una tempranísima sátira del estalinismo donde aparecen todos los tópicos anti-comunistas al uso: el burocratismo ineficaz, las purgas siberianas, los seres sin espíritu, el Partido y sus irracionales bandazos. Poco antes de *La cena de los tres reyes*, se había estrenado en Madrid una versión teatral de la película, titulada también *Ninotchka* (Comedia, 25 mar. 1951). Es de suponer que Conchita Montes, actriz principal y autora de la versión española, dirigida por Edgar Neville, trataría de reproducir los famosos «toques Lubitsch», toques de elegancia, gracia y agudeza por los que Ernst Lubitsch era famoso. En cualquier caso, Conchita Montes y Edgar Neville intentaron sacar partido a una brillante comedia cinematográfica rodada unos años antes del comienzo de la «guerra fría».

KOPROFF.—¡Otra vez la leyenda! Majestad: desde que cambió la línea del Partido solo ejecutamos entre nosotros... Como los americanos.

ALÍ-HAROM.—Entonces, ¿podemos estar tranquilos?

KOPROFF.—Pero, señor. Si estamos aquí para velar por Sus Majestades. El camarada Molinsky ha vigilado al cocinero, y yo, personalmente, he inspeccionado esta mesa para Sus Majestades...

ALÍ-HAROM.—(*Estupefacto*) ¿Cómo? Pero ¿esta mesa es para nosotros?

KOPROFF.—Sí, Majestad. (*Sonríe*) Es un pequeño obsequio del Partido...

ALÍ-HAROM.—(*Atónito*) ¡Caramba! Pues muy agradecidos... (*Se vuelve*) ¿Han oído ustedes?

ALBERTO.—Ya, ya...

FEDERICO.—Es increíble...

ALÍ-HAROM.—¡Quién nos lo iba decir! (*Agradecidísimo*) Pero qué amable es este Koproff. Para que luego digan. Oiga. ¿Es usted de los antiguos?

MOLINSKY.—¡Quia! No, señor. (*Vivamente*) De esos no quedan...

FEDERICO.—Un momento. (*Con timidez*) ¿Su presencia en este Parador significa que esta noche van ustedes a hacer aquí una revolución?

KOPROFF.—¡Alteza! (*Con modestia*) Haremos lo que podamos...

ALÍ-HAROM.—(*Muy estimulante*) Ande, ande, que sí podrán...

MOLINSKY.—(*Muy ilusionado*) ¿Usted cree?

ALÍ-HAROM.—¡Claro, hijo! No hay que desanimarse...

MOLINSKY.—(*Encantado*) Pero qué simpático es este rey...

FEDERICO.—¡Una revolución! (*Asombradísimo*) Pero ¿en traje de etiqueta?

KOPROFF.—Es la nueva línea del Partido... Para los actos oficiales nos vestimos en Londres.

ALÍ-HAROM.—(*Contentísimo*) ¿En Londres?

KOPROFF.—Sí, sí...

ALÍ-HAROM.—¡Como yo!

KOPROFF.—(*Muy satisfecho*) ¡No me diga!

ALÍ-HAROM.—Que sí, que sí...

KOPROFF.—¿En qué sastre? ¿Walter o Norton?

ALÍ-HAROM.—¡Norton! ¡Norton!

KOPROFF.—¡El mío!

ALÍ-HAROM.—(*Dichoso*) ¿Es posible?

KOPROFF.—Sí, sí...

ALÍ-HAROM.—¡Venga esa mano!

KOPROFF.—Encantado, Majestad...

ALÍ-HAROM.—Vengan, vengan... Siéntense un ratito. (*Y muy alegre y satisfecho, Alí-Harom se sienta en el sofá entre Koproff y Molinsky*) ¡Je! Vaya, hombre, vaya. Conque del Servicio Secreto, ¿eh? ¡Espías!

MOLINSKY.—(*Felicísimo*) Eso, eso. ¡Espías!

ALÍ-HAROM.—(*En confianza*) Y ahora que estamos entre amigos, ¿están ustedes contentos con su profesión?

KOPROFF.—(*Confidencial*) Pues ¿qué quiere que le diga? Si yo le contara a Su Majestad...

ALÍ-HAROM.—¡Ah! ¿Sí? Cuente, cuente...

KOPROFF.—Tiene uno que aguantar tantas cosas...

MOLINSKY.—¡Huy! Está uno más harto...

ALÍ-HAROM.—(*Muy impresionado*) ¡Pobres!

KOPROFF.—En fin, ¿para qué voy a entristecer a Vuestra Majestad? (*Con filosófica resignación*) La verdad es que todo el mundo quisiera cambiar de oficio...

ALÍ-HAROM.—¡Ah! Muy cierto, querido Koproff. A mí también me gustaría ser otra cosa de lo que soy...

MOLINSKY.—¿Y qué le gustaría ser a Vuestra Majestad?

ALÍ-HAROM.—Me gustaría ser rey de Inglaterra... Es más seguro. (*Transición*) ¡Ea! Esto hay que celebrarlo. ¡Que traigan unas copas!

(Koproff, como movido por un resorte, se yergue autoritariamente)

KOPROFF.—¡No!

ALÍ-HAROM.—¡Ah! ¿No?

KOPROFF.—¡No! Copas, no. (*Con tono de paternal y severa admonición*) ¿Es que Vuestra Majestad se olvida de su hígado?

ALÍ-HAROM.—Pero, ¿sabe usted lo de mi hígado?

MOLINSKY.—¡Huy! (*Experto*) ¿Qué no sabremos nosotros?

KOPROFF.—(*Sonríe*) Al Servicio Secreto no se le escapa nada. Desde hace mucho tiempo tenemos las fichas médicas de Sus Majestades completamente al día...

(Federico y Alberto se acercan interesadísimos y con evidente alarma)

FEDERICO.—¿Es posible?

ALBERTO.—¡Oiga! ¿Y cómo me encuentran ustedes? Porque yo soy muy aprensivo...

KOPROFF.—(*Cejijunto*) Últimamente, Vuestra Majestad ha hecho algunos excesos...
El Partido está muy disgustado.

ALBERTO.—¡Caramba! Cuánto lo siento...

KOPROFF.—Tengo que reñir muy seriamente a Sus Majestades por la falta de atención que prestan a su augusta salud... ¡Así no vamos a ninguna parte! El Partido está muy preocupado. (*Da unos pasos y se dirige a uno y a otro según habla*) ¡Vuestra Majestad no volverá a probar ni una gota de whisky!

ALÍ-HAROM.—(*Suplicante*) Hombre, Koproff...

KOPROFF.—¡Ni una gota! ¡Orden del Partido!

ALÍ-HAROM.—¡Ah! (*Con desconsuelo*) Entonces...

KOPROFF.—Su Alteza, Príncipe Federico, es un intelectual que se pasa la vida entre libros. Está destrozando su juventud. Tiene que hacer deporte. ¡Mucho sol! ¡Aire puro! ¡Hay que vigorizar esos músculos!... (*Se detiene ante el Rey Alberto. Se cruza de brazos. Y con severísimo reproche*) Y en cuanto a Vuestra Majestad, ¿qué voy a decirle? Parece mentira que a sus años...

ALBERTO.—(*Muy bajito y algo ruborizado*) Pero ¿también eso lo sabe usted?

KOPROFF.—¡Todo!

LOS TRES.—¡Oh!

KOPROFF.—Ni un solo detalle de las vidas de Sus Majestades pasa inadvertido para nuestra vigilancia. Desde la noche de la fiesta de Niza, nuestros mejores agentes han seguido día a día los pasos de Sus Majestades... (*En este momento los tres monarcas están sentados en el sofá, muy juntos y en la más humilde actitud. Koproff saca un pequeño carnet y lee con aire de triunfo*) Veamos. Septiembre, 21: el príncipe regresa a Irlanda en avión. Su Majestad Alí-Harom vuelve a Montecarlo. El Rey Alberto v llega a mediodía a París: por la noche visita a madame Saint-Pierre en su domicilio del Boulevard de Montparnasse. Día 22: el príncipe pasa el día en la Biblioteca consultando la Enciclopedia Británica. Alí-Harom sale para Cannes. El Rey Alberto visita a madame Saint-Pierre. Día 23: el rey Alí-Harom se baña en la playa rodeado de fotógrafos mientras hace declaraciones sobre la actitud de los pueblos árabes ante los problemas atómicos. El rey Alberto visita a madame Saint-Pierre...

(Se calla. Todos, sin excepción, se quedan mirando al Rey Alberto con muchísima severidad. Un silencio)

ALÍ-HAROM.—Pero ¿todos los días?

FEDERICO.—¡Qué abuso!

KOPROFF.—(*Ceñudo*) ¿Tiene o no tiene razón el Partido?

ALBERTO.—(*Sonríe*) ¡Je! Les aseguro a ustedes que se equivocan... Magdalena Saint-Pierre es una amiga encantadora. A los dos nos gusta cambiar nuestros recuerdos charlando horas y horas junto a la chimenea de su salón. Esto es todo. Pero me parece, amigo mío, que a Magdalena no la comprenderá nunca el Servicio Secreto. ¡Je! De todos modos, muchas gracias por sus desvelos. No podía yo imaginar que les causábamos a ustedes tantas preocupaciones. Porque la verdad: aquí pasa algo que yo no entiendo todavía. Hace unos minutos nosotros tres estábamos muy asustados creyendo que ustedes nos iban a asesinar. Y ahora resulta que, en vez de asesinarnos, que sería lo natural, nos han preparado una cena opípara y nos rodean de toda clase de cuidados. ¡Je! Es extraordinario. Pero lo que de verdad me gustaría saber es por qué se toman ustedes tanto interés por nuestra salud...

KOPROFF.—¡Majestad! (*Solemne*) Porque las vidas de Sus Majestades son preciosas para la causa de la libertad...

(*Los tres reyes alzan la cabeza y le miran incrédulos*)

ALÍ-HAROM.—¿La mía también?

KOPROFF.—¡También!

ALÍ-HAROM.—¡Ah! Eso he creído yo siempre. Pero dígaselo usted a Inglaterra...

KOPROFF.—¡Señores! (*Con entusiasmo*) Sus Majestades representan todo un mundo maravilloso que no puede desaparecer...

ALBERTO.—¿De veras?

ALÍ-HAROM.—(*Entusiasmado*) Siga, Koproff. ¡No se pare!

KOPROFF.—¡Aquellas gloriosas monarquías!

MOLINSKY.—(*Con fervor*) ¡Qué tiempos!

KOPROFF.—Eso, eso era vivir. Se respetaban los unos a los otros. Había orden. ¡Mucho orden!

ALBERTO.—(*Con modestia*) Muchas gracias. ¿Qué va a decir uno?

FEDERICO.—(*Tímidamente*) Sin embargo... ¿Qué quieren ustedes? Yo creo que la vida ahora es más bonita y más justa. A mí me gusta esto.

KOPROFF.—(*Indignado*) ¿Cómo? ¿Qué dice?

ALÍ-HAROM.—(*Igual*) Pero, hombre...

MOLINSKY.—(*Muy alarmado*) ¡Koproff! Este príncipe es de izquierdas...

KOPROFF.—(*Muy severo*) ¡Alteza! ¿Cómo puede Vuestra Alteza hablar así?

FEDERICO.—(*Azoradísimo*) ¡Je!

KOPROFF.—Volvamos los ojos a nuestro alrededor. ¿Cómo está el mundo de hoy? Una calamidad. Todo está hecho una pena. ¿Y por qué? Porque estamos perdiendo nuestras viejas y amadas tradiciones. Porque nadie respeta a

nadie. Porque no hay categorías. Porque todos somos iguales. Porque así no se puede seguir viviendo, ¡ea!...

ALÍ-HAROM.—¡Cuánto tiempo hace que no oigo hablar así! ¡Claro! Como siempre está uno rodeado de millonarios. Siga, siga, querido Koproff...

KOPROFF.—(*Enardecido*) ¿Y puede continuar este caos? ¿Podemos seguir viviendo en medio de este libertinaje? ¡No! Es preciso resucitar el pasado. ¡Volveremos a la antigua Europa del vals y de la rosa, de los húsares y del landó! El espíritu de las viejas monarquías se alzarán frente a este mundo bárbaro de máquinas y de rascacielos...

ALBERTO.—(*Suspense*) Pero ¿es usted quien habla así?

KOPROFF.—¡Sí! (*En otro tono: muy natural*) Es que el Partido ha cambiado de línea...

ALBERTO.—¿Otra vez?

KOPROFF.—¡Sí!

ALBERTO.—¿Cuándo?

KOPROFF.—Hace tres días. En sesión secreta... Por eso, señores, en este momento histórico, yo tengo el honor de ofrecer a Sus Majestades todo el apoyo del Partido para que sus Majestades vuelvan a ocupar el trono de sus respectivos países... (*Los tres reyes, impresionadísimos, mudos de asombro, se ponen en pie al mismo tiempo*) Este es el motivo de la llegada de esta Delegación al Parador de San Mauricio en esta noche de Navidad. Debo advertir a Sus Majestades que todo está preparado para el gran triunfo. Hace ya algún tiempo que en estos tres países nuestros mejores agitadores trabajan para restablecer el orden. Eso, para nosotros, es un juego de niños. Si Sus Majestades aceptan la ayuda que les brinda el Partido, no hay tiempo que perder. Mañana, a pocos kilómetros de aquí, en el aeropuerto de la ciudad, un avión recogerá a Sus Majestades, que serán conducidos a un lugar a orillas del Danubio, donde esperarán el momento definitivo, que no tardará en llegar. Y ese día, entre himnos y marchas triunfales, bajo lluvias de flores, se abrirán de par en par las puertas de tres palacios reales... (*Un levísimo silencio. Koproff y Molinsky se inclinan ceremoniosamente*) ¡Señores! Hasta mañana esperaremos la respuesta de Sus Majestades. ¡Feliz Navidad!

MOLINSKY.—¡Feliz Navidad!

(*Salen los dos. Los tres reyes, sin hablar, se miran confundidos. Un tremendo silencio*)

FEDERICO.—(*Muy bajo*) ¿Estaremos soñando?

(Otro silencio largo. Alberto está en medio de los tres. El Príncipe, semivuelto, tiene los ojos clavados en el suelo. Alberto mira a uno y a otro y sonrío)

ALBERTO.—Bien. ¿Qué dicen ustedes?

ALÍ-HAROM.—*(Casi con angustia)* Supongo que, naturalmente, tendremos que deliberar...

ALBERTO.—¡Ah! ¿Usted cree? *(Se vuelve lentamente)* ¿Qué dice usted, Príncipe?

FEDERICO.—*(Ausente como si despertara)* ¿Cómo?

ALBERTO.—No, nada...

(Alberto, en medio del escenario, se siente irremediabilmente solo. De pronto, en la meseta de la derecha, aparece Paloma. Ya viste como en el primer acto: sus pantalones, su «sweater» y su chaquetón de piel. Lleva también su maletita. Cruza la escena por primer término, con mucho coraje, y se dirige con brío hacia la salida de la izquierda)

PALOMA.—¡Buenas noches!

ALBERTO.—¿Adónde va usted, señorita?

PALOMA.—¡No lo sé! *(Con furia)* ¡Lejos de aquí!

ALBERTO.—¿Se ha vuelto usted loca? Está nevando...

PALOMA.—No importa. En mi coche solo tardo veinte minutos en llegar a la ciudad... ¡Buenas noches!

ALBERTO.—¡Espere! *(Paloma se detiene)* ¿Y si yo le pidiera que se quedara?

PALOMA.—¿Usted?

ALBERTO.—¡Sí! Si usted supiera cómo la necesitamos...

PALOMA.—¿Los tres?

ALBERTO.—Los tres...

PALOMA.—*(Les mira y se enternece)* ¡Pobrecitos! Si se pone usted así, Vuestra Majestad me convencerá en seguida. Porque como soy tan madre...

ALBERTO.—¡Soberbio! ¿Cómo se llama usted, hija mía?

PALOMA.—¡Paloma Monetti!

ALBERTO.—¡Hola! Me suena ese nombre.

PALOMA.—*(Encantada)* ¡Claro! Es que soy una gran actriz. Ya le firmaré un retrato a Vuestra Majestad...

ALBERTO.—Muchas gracias... ¿Y qué papeles hace usted con preferencia?

PALOMA.—La ingenua...

ALBERTO.—¡Ah! ¿Sí?

PALOMA.—Sí, señor. Es lo mío... Yo soy la Ofelia de «Hamlet», la Roxana del «Cyrano». La temporada pasada estrenamos un vodevil en el que yo era una muchacha honesta y virtuosa que se mete por equivocación en el piso de un soltero que es un fresco. ¿Comprende? Imagínese Vuestra Majestad...

ALBERTO.—¡Qué compromiso! ¿Y cómo salió usted del apuro?

PALOMA.—¡Ah! Muy bien. Fue un gran éxito...

ALBERTO.—(*Encantado*) ¡Me hubiera gustado verlo!

PALOMA.—(*Mirándole*) ¡Qué simpático es Vuestra Majestad! ¡Y qué buena pinta tiene! ¿A Vuestra Majestad no le han hecho nunca proposiciones para el cine?

ALBERTO.—Hija... Todavía, no.

PALOMA.—Una lástima. Porque daría usted muy bien. ¡Ah! Pues eso hay que arreglarlo. Yo le recomendaré.

ALBERTO.—(*Ilusionado*) Muchas gracias. No sé cómo agradecerle...

PALOMA.—Nada, nada. A mí me gusta ayudar a los que empiezan...

ALBERTO.—¡Je!

(*Bruscamente, Alí-Harom se vuelve desde el fondo*)

ALÍ-HAROM.—¡Basta! ¿Qué es lo que pretende usted? ¿No comprende que esa muchacha entre nosotros, esta noche, sería un estorbo?

ALBERTO.—¿Y no cree usted que eso es lo que necesitamos?

ALÍ-HAROM.—¡Oh!

(*Entra la Duquesa. Se dirige con toda decisión hacia el Rey Alberto, calándose los impertinentes y mirándole con toda desenvoltura*)

DUQUESA.—Estoy segura, segurísima de que Vuestra Majestad y yo nos hemos visto en alguna parte antes de ahora.

ALBERTO.—¡Señora!

DUQUESA.—¿Vuestra Majestad estuvo el año diez en Italia?

ALBERTO.—No, no... El doce.

DUQUESA.—¿En primavera?

ALBERTO.—En otoño...

DUQUESA.—¿En Nápoles?

ALBERTO.—En Venecia...

DUQUESA.—¡Ah! (*Triunfante*) ¡Yo no me equivoco nunca!

ALBERTO.—¿De verdad? Pero, Señor, qué cosas nos están pasando esta noche...

(*La Duquesa se ha sentado lentamente en el sofá y tiene los ojos bajos. Con otra voz, muy suave, muy bajito*)

DUQUESA.—¿Tanto he cambiado, Berty?

ALBERTO.—(*Casi no se le oye*) ¿Eh?

DUQUESA.—¿No te acuerdas? Me llamabas Marie Lulú...

ALBERTO.—Marie Lulú... ¡Dios mío!

(*Paloma, Alí-Harom y Federico se han ido acercando lentamente*)

PALOMA.—Duquesa...

ALÍ-HAROM.—¿Alguna antigua amiga?

ALBERTO.—Mi mejor aventura. Las horas más felices. Mi juventud. Todo eso es Marie Lulú. ¡Y no la he reconocido!

DUQUESA.—Bueno. Es que, como han pasado cuarenta años, he cambiado un poco. Pero tú todavía eres un buen mozo, Berty. (*Le mira y ríe bajito gozosamente*) Y no sé por qué me parece que sigues tan granuja. ¡Je! Yo estoy muy cansada. A veces, se me olvidan las cosas y lo confundo todo. Pero, de pronto, es como si alguien encendiera una luz en medio de la noche. Eso pasó antes, cuando te veía escondida junto a esa puerta. (*Sonríe*) Porque yo estaba segura de que algún día te encontraría. Y cada vez que lo pensaba, me entraba una vergüenza...

ALBERTO.—¿Por qué, Marie Lulú?

DUQUESA.—Porque aquella última noche, cuando nos despedimos en Sorrento...

ALBERTO.—En Capri...

DUQUESA.—¿Estás seguro? Juraría que fue en Roma. Aquella noche, al despedirnos, te juré que te sería fiel toda la vida. Y si supieras, Berty, si supieras qué loca he sido...

ALBERTO.—¡Pobre Marie Lulú! (*Sonríe*) La vida es una escuela de infidelidades. Para seguir viviendo hay que ser infiel a alguien. Los que son fieles mueren jóvenes. Y tú y yo hemos llegado a viejos...

DUQUESA.—(*Encantadísima*) ¡Ay, qué cosas dice! Entonces era igual, igual. Por eso me gustaba...

ALBERTO.—¡Mi hermosa Marie Lulú!

DUQUESA.—¡Mi querido Príncipe! (*Transición. Se vuelve a Paloma, que está sentada junto a ella*) ¡Hijita! Ya se habrá usted dado cuenta de que este es aquel del balneario...

PALOMA.—(*Conmovida*) sí, Duquesa...

DUQUESA.—¿Le gusta?

PALOMA.—Muchísimo. ¡Pobre viejecita!

(Surgen por la derecha el Maître y las dos camareras. El Maître lleva una gran bandeja con copas de cóctel. Las camareras transportan grandes fuentes y empiezan a servir la mesa. El Maître distribuye copas entre todos)

MAÎTRE.—¡Feliz Navidad tengan Sus Majestades! ¡Feliz Navidad, Señora! ¡Feliz Navidad, señorita Paloma!

ALBERTO.—¡Feliz Navidad, Marie Lulú!

DUQUESA.—¡Feliz Navidad, Berty!

ALBERTO.—Una copa, Alí-Harom...

ALÍ-HAROM.—*(Atribulado)* ¡No puedo! Me lo ha prohibido el Partido...

ALBERTO.—¡Le digo que beba!

ALÍ-HAROM.—Bueno. Pero que no se entere Koproff...

(A la entrada del Maître y las camareras, Paloma abrió su pequeño gramófono. Y ahora, suavemente, surgen las notas de «Canción de Navidad»)

PALOMA.—¡Feliz Navidad a todos! *(Alza su copa)* ¡Por Marie Lulú!

ALÍ-HAROM.—¡Por Marie Lulú!

ALBERTO.—Todos por Marie Lulú...

DUQUESA.—¡Gracias! Estoy a punto de llorar...

(Todos beben)

MAÎTRE.—La cena está servida, Majestad...

ALBERTO.—¡Espléndido! Haremos los honores a la invitación del Partido. Pero ponga usted dos cubiertos más porque Marie Lulú y Paloma cenarán con nosotros...

DUQUESA.—¡Ay, Berty!

PALOMA.—¿Yo también?

ALÍ-HAROM.—¡Bravo! Lo mismo estaba pensando yo... ¡A la mesa! ¡Todos a la mesa!

ALBERTO.—¡Así me gusta! ¡Alegría, Alí-Harom el Magnífico!

ALÍ-HAROM.—*(Riendo)* ¡Alegría! ¡Alegría!

ALBERTO.—¡Alegría, Príncipe Federico! Levanta esa cabeza. Los Príncipes siempre miran hacia arriba...

FEDERICO.—¡Sí, señor! (*En un arranque*) Deme usted otra copa...

ALÍ-HAROM.—¡Otra copa para todos! ¡Muchas copas!

PALOMA.—Sí, sí. Yo también quiero...

ALBERTO.—(*Al Maître*) ¡Beba usted también, buen hombre!

MAÎTRE.—(*Rendidísimo*) Majestad...

ALBERTO.—Y vosotras...

SILVIA.—¡Ay!

LILÍ.—¿Nosotras también?

ALBERTO.—La Navidad es de todos. La Navidad es para todos. Bebe, Marie Lulú.

DUQUESA.—¡Jesús! ¡Qué loco eres! Me estoy mareando...

ALBERTO.—(*Alegrísimo*) A la mesa. ¡Paloma! ¡Marie Lulú!

PALOMA.—Sí, sí...

DUQUESA.—¡Dios mío! ¡Qué emocionada estoy! Ya me decía el corazón que esta iba a ser una gran noche...

(Todo el diálogo anterior ha sido muy vivo. Todos están muy alegres. Ya están todos en torno a la mesa. Han sentado a la Duquesa en el sillón central y todos la rodean)

PALOMA.—¡Viva Marie Lulú!

TODOS.—¡Viva!

PALOMA.—¡Viva el Rey Alberto!

TODOS.—¡Viva!

(Todos están muy contentos. Paloma aplaude. Aparecen por la derecha Koproff y Molinsky atraídos por el bullicio)

KOPROFF.—¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué hacen aquí esas mujeres?

(El Maître se acerca diligente)

MAÎTRE.—Es la Navidad, señor. Y Sus Majestades están tan contentos...

KOPROFF.—¿De veras? (*Transición. Sonríe*) ¿Has oído, Molinsky? Están contentos.

Eso significa que ya son nuestros. ¡Qué éxito para el Partido! Me gustaría saber lo que dirán mañana los americanos.

(Se sientan los dos en el sofá. Al otro lado, en la mesa, todos ríen ahora alborozadamente. Molinsky mira hacia allí con evidente nostalgia)

MOLINSKY.—¡Je! ¡Camarada Koproff! Es la Navidad. ¿No estás un poquito emocionado?

KOPROFF.—No puedo... Estoy de servicio.

ALBERTO.—¿Te acuerdas, Marie Lulú? ¡Cuántos recuerdos! ¿Cómo era aquel vals?

DUQUESA.—Espera, Berty. Estoy segura de que lo recordaré...

ALÍ-HAROM.—A ver, a ver...

PALOMA.—A ver...

(Todos escuchan. La Duquesa empieza a tararear los primeros compases de una vieja y alegre melodía de principios de siglo. Los demás atienden callados y risueños)

MOLINSKY.—¡Je! ¿Tú no tienes recuerdos, camarada Koproff?

KOPROFF.—¡Oh! Si yo te contara. Recuerdo una noche en Hamburgo, hace muchos años. Por aquel tiempo era yo un mozo ingenuo con el corazón lleno de ilusiones. Era una hermosa noche de verano y la luna brillaba sobre el mar. Entonces, yo...

MOLINSKY.—¿Qué?

KOPROFF.—Yo, en media hora, organicé una huelga general...

MOLINSKY.—¡Oh!

KOPROFF.—Otra vez en Constantinopla...

MOLINSKY.—¡Calla!

KOPROFF.—¿Eh?

MOLINSKY.—¿No oyes? Me gusta esa canción. Debe de ser un bonito recuerdo...

(Y es que, en efecto, en la mesa todos cantan ya la alegre melodía que tarareaba la Duquesa, mientras, muy despacio, cae el telón)

TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo decorado. A la mañana siguiente del acto anterior. Detrás de la cristalera del ventanal, el paisaje de la montaña aparece bañado por un sol de invierno tibio y agradable. La gran mesa de Navidad ha sido retirada. Toda la disposición de los muebles como en el primer acto.

(Cuando se levanta el telón, Molinsky, sentado en un sillón junto a la mesita de la izquierda, está terminando de desayunar. Silvia, en pie, a su lado, le sirve)

SILVIA.—¿Un poco más de café, señor?

MOLINSKY.—¡Gracias!

SILVIA.—¿El camarada del señor no viene a desayunar?

MOLINSKY.—¡Quia! Estará por ahí de vigilancia...

SILVIA.—¡Pobre!...

MOLINSKY.—Los agentes secretos llevamos una vida muy dura. Siempre hay que prevenir un acto de sabotaje que se oponga a la línea del Partido. ¿Me entiendes?

SILVIA.—No, señor...

MOLINSKY.—¿No sabes lo que es un sabotaje?

SILVIA.—No, señor...

MOLINSKY.—¿Tampoco sabes lo que es la línea del Partido?

SILVIA.—¡Ay, no señor! Soy una ignorante. No sé nada.

MOLINSKY.—*(Mirándola fascinadísimo)* ¡No sabe nada! ¡Es una ignorante!

SILVIA.—Sí, señor...

MOLINSKY.—Eres maravillosa, Silvia, maravillosa... *(Con todo entusiasmo)* ¿Me das un beso?

SILVIA.—¡Ay, no! Eso sí que no...

MOLINSKY.—*(Más contento todavía)* ¡No quiere! ¡No quiere!

SILVIA.—Pero, ¿es que se va a alegrar el señor porque no le doy un beso?

MOLINSKY.—¡Sí!

SILVIA.—Pues es la primera vez que me pasa...

MOLINSKY.—Oye. *(Mirando en torno. Casi emocionado)* Me han dicho que en este país las mujeres no os casáis más que una vez. ¿Es verdad?

SILVIA.—¡Naturalmente! Pero, ¿qué se ha creído el señor?

MOLINSKY.—*(Ya alegrísimo)* ¡Es verdad! ¡Es verdad! Y yo que no me lo quería creer... *(Y casi aplaude de satisfacción. En este momento surge Koproff por*

la escalera de la derecha. Molinsky, súbitamente, se transforma y adopta una actitud de profunda gravedad. Un silencio) Buenos días, camarada Koproff...

(Koproff avanza unos pasos mirando a uno y a otro severísimamente. A Silvia, sin mirarla)

KOPROFF.—¡Fuera!

SILVIA.—¡Ay, sí, señor! Con permiso...

(Sale Silvia con la bandeja del desayuno por la derecha. Un silencio)

KOPROFF.—¡Camarada Molinsky! Debo decirte que no apruebo estos contactos con el enemigo. Supongo que esta muchacha habrá intentado besarte...

MOLINSKY.—¡Ca! (Sonríe) No ha querido.

KOPROFF.—¿Es que te encuentra físicamente repulsivo?

MOLINSKY.—Hombre..., no creo...

KOPROFF.—Entonces, no me lo explico...

MOLINSKY.—¡Je! Verás. (Sentimental) Es que aquí las mujeres solo quieren a un hombre para toda la vida...

KOPROFF.—(Filosófico) ¡Qué modernismos! (Un silencio. Sube las escaleras de la izquierda. Desaparece. Y aparece inmediatamente después. Baja y toma asiento junto a Molinsky. Muy bajo) Todo está en orden...

MOLINSKY.—¿Duermen?

KOPROFF.—¡Sí!

MOLINSKY.—¿Los tres?

KOPROFF.—¡Sí!

MOLINSKY.—(Tiernamente) ¡Claro! Anoche era Navidad, y se acostaron muy tarde...

KOPROFF.—(Muy paternal) Me parecía oportuno dejarles que se divirtieran un poquito. ¿Comprendes? Después de todo, era su última noche de libertad. Desde mañana vivirán bajo la disciplina del Partido...

MOLINSKY.—(Sinceramente) ¡Pobrecillos!

(Koproff se acomoda en un butacón y sonríe dichosamente)

KOPROFF.—Te confieso, camarada Molinsky, que en este momento soy el hombre más feliz del mundo. Cuando dentro de unos minutos Sus Majestades bajen por esa escalera y me comuniquen que aceptan nuestra propuesta...

MOLINSKY.—¿Tú crees que aceptarán?

KOPROFF.—¿Lo dudas? (*Y sonrío astutamente*) El Partido ha sabido escoger, como siempre, el momento psicológico. Los tres, cada uno por distinta causa, están impacientes por reinar. Alí-Harom, el Magnífico, está sediento de poder y de venganza. El Príncipe Federico tiene prisa por hacer feliz a su pueblo con sus ideas de pequeño burgués revolucionario. Y el Rey Alberto está en la ruina... ¿No crees que son suficientes razones para que los tres acepten la mano generosa que les tiende el Partido? ¡Ah! Nos esperan días venturosos, Molinsky. (*Dichosísimo*) Dentro de poco, todo el mundo estará gobernado por las derechas...

MOLINSKY.—(*Encantado*) ¡Qué bien lo vamos a pasar!

KOPROFF.—En la gloria.

MOLINSKY.—(*Transición*) Pero, ¿es verdad, camarada Koproff?

(*Sonríe. Koproff mira a un lado y a otro antes de hablar, y con mucho sigilo*)

KOPROFF.—Escucha, hijo mío. Voy a explicarte esta nueva actitud del Partido. (*Un suspiro*) Era inevitable. ¿Comprendes? Nosotros, con nuestros viejos métodos revolucionarios, hemos hecho muchísimas barbaridades. ¿Qué voy a decirte que no sepas? Hemos ido demasiado lejos y la gente nos tiene miedo. Y ya se sabe, en política, todo el que se asusta se hace de derechas. ¿Y puede el Partido permanecer indiferente ante este fenómeno? ¡No! La humanidad entera está asustada, y, sin saber lo que quiere, quiere volver hacia atrás. Pues bien: todos hacia atrás. ¡Pero conducidos por el Partido! (*Con entusiasmo*) ¿No es una maniobra política genial?

MOLINSKY.—(*Boquiabierto*) ¡Qué barbaridad!

KOPROFF.—Acabo de hablar con el aeropuerto. El avión llegó de madrugada y está listo para conducir a Sus Majestades hasta cierto lugar a orillas del Danubio.

MOLINSKY.—(*Escéptico*) Oye... ¿Ese lugar es un campo de concentración?

KOPROFF.—¡Oh, no! Es una regia residencia... (*Transición*) Pero, para mayor seguridad de Sus Majestades, el Palacio estará rodeado de alambradas.

MOLINSKY.—¡Ah, vamos! Ya decía yo...

KOPROFF.—(*Mundano*) Una simple precaución del Partido, que está en todo. Espero que Sus Majestades no lo tomen a mal. (*Transición*) ¡Camarada Molinsky! Vete preparando para recibir los honores que se nos tributarán por el éxito de nuestra misión en el Parador de San Mauricio. Ya veo sobre tu pecho la Estrella Roja de los Jóvenes Héroe de la Revolución. A mí, seguramente, me

harán embajador. Después de tantos años de espía, es lo natural... *(Un rumor de voces en el fondo. Koproff y Molinsky vuelven la cabeza)* ¿Qué es eso?

(Aparece en la meseta de la izquierda el Rey Alberto, que, casi sin detenerse, cruza hacia la salida de la izquierda. Parece muy contrariado)

ALBERTO.—Buenos días, señores.

KOPROFF.—¡Majestad!

ALBERTO.—Permítanme. No puedo detenerme. Sucede algo muy extraño. Y estamos muy preocupados.

(Sale por la izquierda precipitadamente. Koproff y Molinsky se miran)

KOPROFF.—¡Camarada Molinsky! ¿Qué puede suceder sin que lo sepa el Servicio Secreto? Esto no me gusta nada...

(Aparece Alí-Harom en la meseta de la izquierda y llamando a grandes voces)

ALÍ-HAROM.—¡Maître! ¡Camaradas!

KOPROFF.—¡Majestad!

ALÍ-HAROM.—¡Oh! ¡Koproff, Molinsky! ¡Amigos míos! ¡Si ustedes supieran lo que nos pasa! *(Gritando)* ¡Maître! ¡Maître! ¿Dónde se ha metido ese hombre? ¿Y las camareras? ¿Es que no hay nadie en este hotel? ¡Que venga todo el mundo! ¡Yo, Alí-Harom, el Magnífico, lo mando!

(Irrumpen al mismo tiempo el Maître y Silvia por la puerta de la derecha y Lili por la escalera del mismo lado)

SILVIA.—¡Ay!

LILÍ.—¿Quién llama?

ALÍ-HAROM.—*(Furioso)* ¡Yo!!

MAÎTRE.—¡Majestad!

(Vuelve el Rey Alberto por donde salió)

ALBERTO.—¡Calma! Un poco de calma. ¿Alguno de ustedes ha visto al príncipe Federico esta mañana?

MAÎTRE.—No, Majestad. Su Alteza ni siquiera ha pedido el desayuno...

ALBERTO.—¿Cuándo vio usted al príncipe por última vez?

MAÎTRE.—Anoche, de madrugada, señor. Cuando, después de la cena, Sus Majestades se retiraron a descansar...

ALBERTO.—¡Oh! (*Abrumado*) Entonces, no hay duda...

(Se sienta en el sofá muy preocupado. Todos le miran con muchísima curiosidad)

KOPROFF.—¡Majestad! En nombre del Servicio Secreto, ¿puedo saber lo que pasa?

ALBERTO.—¿Por qué no? El príncipe Federico ha desaparecido.

TODOS.—¿Cómo?

SILVIA.—¿Qué?

MAÎTRE.—¿El príncipe?

KOPROFF.—¿Que ha desaparecido el príncipe?

ALBERTO.—Sí... Ha desaparecido y sin dejar rastro. Hace un rato yo mismo llamé en su habitación para bajar juntos los tres a desayunar. Pero la habitación estaba vacía. Le hemos buscado por todas partes... Ha sido inútil... No está. Acabo de comprobar que tampoco está su coche en el garaje.

TODOS.—¡Oh!

ALBERTO.—Naturalmente, no podemos cruzarnos de brazos. Pero, ¿qué podemos hacer?

(Alí-Harom se vuelve furioso hacia el Maître)

ALÍ-HAROM.—¿Qué hace usted ahí parado?

MAÎTRE.—(*Asustadísimo*) ¡Majestad!

ALÍ-HAROM.—¡Largo! Y vosotras también. Es preciso que el Príncipe aparezca. ¡A prisa! ¡Yo lo mando!

LILÍ.—Sí, señor.

MAÎTRE.—¡Vamos, vamos! ¡Dios nos asista!

(Salen el Maître, Silvia y Lili por la izquierda. El Rey Alberto va de un lado para otro. Alí-Harom, sentado en el sofá, se limpia el sudor. Koproff y Molinsky, muy juntos, a la izquierda)

ALBERTO.—¿Qué significa esta fuga? ¿Dónde habrá ido ese muchacho? Me temo cualquier locura. Es tan tímido, tan apocado. No estaré tranquilo hasta que aparezca. Mía fue la idea de pasar la Navidad juntos los tres en este Parador. Y, claro soy el responsable moral de todo lo que ocurra. ¡Ah! El príncipe es tan extraño. *(Indignándose a medida que habla)* Está obsesionado con las grandes ideas. Quiere hacer la felicidad de su pueblo y salvar a la humanidad entera. Vamos, hombre. Como si los pueblos quisieran ser felices; como si la humanidad tuviera algún interés en que nadie la salve. Claro que todo eso le pasa porque todavía no se ha enamorado. Me atrevería a jurarlo. Porque cuando aparece junto a uno la primera mujer ya no le queda a uno tiempo para pensar en tonterías. Eso de salvar a la humanidad es una manía de solteros... *(De pronto)* Si no tenemos noticias del príncipe habrá que denunciar su desaparición a las autoridades de este país. Eso, desde luego, significa el escándalo. Ya lo sé. Ahí es nada. ¡Un rey en el exilio que desaparece! ¡Qué buen suceso para los periódicos! ¡Oh!

ALÍ-HAROM.—*(Con cierta esperanza)* ¿Cree usted que vendrán los periodistas y los fotógrafos?

ALBERTO.—¡Me lo temo!

ALÍ-HAROM.—¡Ah! Entonces, no hay que perder tiempo...

ALBERTO.—¿A dónde va usted?

ALÍ-HAROM.—Voy a arreglarme un poco. Porque si vienen los periodistas no tendré más remedio que hacer declaraciones...

ALBERTO.—Pero, hombre. ¡Alí-Harom! Espere...

(Salen los dos por la escalera de la izquierda. Quedan solos en escena Koproff y Molinsky. Un corto silencio)

KOPROFF.—¡Atención, camarada Molinsky! Estoy seguro de que el príncipe no ha salido del Parador por su propia voluntad...

MOLINSKY.—¡Koproff! *(Aterrado)* ¿Crees que se trata de un secuestro?

KOPROFF.—¡Sí!

MOLINSKY.—¡Oh!

KOPROFF.—Lo veo. Está clarísimo. La desaparición del príncipe es una maniobra contra el Partido. ¡Estamos ante una provocación de los occidentales!

MOLINSKY.—¡Qué infamia!

KOPROFF.—Se trata de hacer fracasar nuestras negociaciones con los tres reyes. ¡Ah! Debí figurarme que algo así sucedería. Nos han descubierto, Molinsky. En esta casa hay un espía enemigo...

(Molinsky, muy asustado, mira en torno con recelo)

MOLINSKY.—¿Será peligroso?

KOPROFF.—¡Quién sabe!

MOLINSKY.—Pues estamos perdidos. *(Bajísimo)* ¿Sospechas de alguien?

KOPROFF.—Sí... Tengo una sospecha. Y ya sabes que yo no me equivoco nunca.

MOLINSKY.—¡Oh!

KOPROFF.—¡Silencio!

(Acaba de aparecer la Duquesa en la entrada de la izquierda. Viene hablando consigo misma, en su mundo, muy satisfecha)

DUQUESA.—¡Ea! Ya sé, ya sé por qué están todos tan alterados y por qué van de un lado para otro como si se hubieran vuelto locos. Seguramente es que han venido los anarquistas. ¡Ah! Ya sabía yo que vendrían los anarquistas. Esos pobrecitos siempre, siempre van detrás de los reyes. Es una manía. Y estoy segurísima de que, de un momento a otro, va a estallar una bomba.

KOPROFF.—¡Duquesa! Dígame la verdad. ¿Es usted un agente americano?

DUQUESA.—¡Jesús! ¿Qué dice este espía?

KOPROFF.—¡Conteste!

DUQUESA.—¡Camarada Koproff *(Con mucha dignidad)* Si yo fuera un agente americano, usted lo hubiera sabido antes que nadie. Porque yo jamás, jamás tuve secretos con los espías enemigos. ¡Ea! Para que se entere...

(Sale por la derecha muy ofendida. Un pequeñísimo silencio)

MOLINSKY.—¡Koproff! Yo creo que esta señora está muy chiflada...

KOPROFF.—*(Furioso)* ¡Síguela!

MOLINSKY.—Pero, Koproff...

KOPROFF.—¡Síguela! ¿O es que vas a dudar de mi experiencia?

(Salen los dos tras las huellas de la Duquesa. Por unos segundos queda la escena sola. En seguida, en la escalera de la derecha aparece Paloma. Baja corriendo, se dirige a la mesita y marca un número en el teléfono. Muy risueña)

PALOMA.—¡René! ¿Estás bien? ¿De verdad? Pobrecito, pobrecito mío... Te llamo para que sepas que, aunque no te lo mereces, me preocupo muchísimo por ti. Eso es. ¿Cómo has pasado la Navidad tú solito? ¡Ay, cuenta, cuenta! Tengo

una curiosidad... *(Transición, enfurruñadísima)* ¿Cómo? No te oigo. ¿Tú solo? Pero, René, querido, qué ordinario eres. Sabes muy bien que no quiero que te emborraches a solas porque en seguida empiezas a decir que tienes mucha vida interior y todas esas tonterías... *(Indignada)* ¡Ah! ¿Conque tu vida interior es sagrada? Pero qué fresco eres, René. Entonces, ¿qué soy yo para ti, vamos a ver? *(Furiosa)* ¡René! ¡No me repliques! ¡No seas estúpido!

(Surgen muy alborotadas Silvia y Lili por la izquierda)

SILVIA.—¡Señorita!

LILÍ.—¡Señorita Paloma!

PALOMA.—¡Ay! ¿Qué?

SILVIA.—¡Mire!

LILÍ.—Mire, mire. ¡Allí!

(Las dos señalan algo lejano, a la izquierda. Paloma suelta el teléfono, abre los ojos de par en par y grita)

PALOMA.—¡Ayyy...! *(Casi sin voz)* ¿Es una aparición?

SILVIA.—Eso mismo creía yo...

(De pronto las tres gritan a un tiempo y escapan refugiándose junto a la chimenea sin dejar de mirar hacia la izquierda con los ojos muy abiertos)

LAS TRES.—¡Ayyy!

(Y en el umbral de la izquierda aparece el Príncipe Federico. Pero es otro hombre. Viste un precioso y vistosísimo uniforme blanco con charreteras doradas que recuerda, ágilmente estilizada, la fantasía y la suntuosidad de los trajes reales de 1900. De los hombros le cuelga una espléndida capa roja. No lleva gafas. Cabeza descubierta. Entra muy erguido, muy risueño. Su entrada tiene algo de sobrenatural: cae de lleno sobre él un gran rayo de luz que se filtra por los cristales del ventanal. Sonriendo, sin dejar de mirar a Paloma, muy seguro de sí mismo, casi con una risueña insolencia, avanza despacio hasta el centro y espera)

PALOMA.—*(Muy bajo. Nerviosísima)* ¿Estáis seguras de que es él?

SILVIA.—Sí, señorita...

PALOMA.—(*Emocionadísima*) Pero si es igual, igual que yo me lo imaginaba. Con su uniforme blanco. Y esas cositas doradas. ¡Y la capa!

LILÍ.—¡Es fantástico!

PALOMA.—¿Estaré soñando?

SILVIA.—No, señorita. Es guapísimo...

PALOMA.—¡Marchaos!

LILÍ.—Sí, señorita.

(Las dos camareras, sin dejar de mirar al Príncipe, fascinadas, suben por la escalera de la derecha. Un silencio. El Príncipe hace una suave reverencia)

FEDERICO.—A tus pies, Paloma Monetti. El Príncipe heredero de cinco generaciones de reyes, te saluda...

PALOMA.—(*Azaradísima*) ¡Alteza! Esto es un milagro. ¿Cómo se le ha ocurrido?

FEDERICO.—(*Sonríe*) Por ti...

PALOMA.—(*Muy bajo*) Por mí.

FEDERICO.—Para salir a tu encuentro. Tenía que matar al pobre muchacho que tú veías en mí. Y tenía que hacer vivir a ese príncipe que tanto soñabas. En medio de toda una noche sin dormir, tuve esta idea que a ti te parece un milagro. Escapé esta mañana sin que nadie me viera y aquí estoy. ¡Y si vieras qué emocionante es el milagro! Es la primera vez que llevo un traje como este. Los reyes en el exilio vivimos sin corte y sin ceremonia: no tenemos un pueblo a quien deslumbrar. Pero, ¡qué bella es la sugestión de un traje de príncipe hasta para un príncipe verdadero! Ahora podría ser, al mismo tiempo, loco, generoso, heroico, cruel y santo, como cada uno de mis gloriosos antepasados. Oigo mi voz y no me parece la mía. Es algo tan curioso y tan extraño que casi ni yo mismo puedo creerlo. Pero ahora sé que soy fuerte y eso es lo que importa. Ya no tengo miedo. Ya puedo decirte que te quiero...

PALOMA.—(*Muy bajito*) ¡Ay, Alteza!

FEDERICO.—(*Sonríe*) Anoche, el pobre profesor se enamoró de ti...

PALOMA.—(*Conmovidísima*) ¡Claro! Si no podía ser de otro modo. Si de esos pobrecitos no me falla uno...

FEDERICO.—No sabría decirte por qué te quiero. Pero no hace falta. Solo los tontos se empeñan en explicar el amor. Creo que ya te quería cuando pasaste por mi lado y me dijiste: ¿Le gusto, profesor?

PALOMA.—¿Eso dije?

FEDERICO.—¡Sí!

PALOMA.—¡Qué frescura! Decirle eso a todo un príncipe...

FEDERICO.—Te quiero sin conocerte, desde hace años y años. Eres como el resumen de todas las mujeres que no he tenido, de todas las aventuras imaginadas que no he vivido, prisionero entre los muros de un castillo solitario rodeado de niebla...

PALOMA.—¡Dios mío! ¿Nunca ha tenido Vuestra Alteza un gran amor?

FEDERICO.—Nunca.

PALOMA.—¿Ni un amor pequeñito?

FEDERICO.—Tampoco...

PALOMA.—¡Qué caso! (*Le mira con ternura y suspira*) Pobrecito mío, qué mal te han educado... (*De pronto, en una brusca transición, Paloma escapa*) ¡No! No quiero.

FEDERICO.—¡Paloma!

PALOMA.—¡He dicho que no y no! ¡No quiero! ¡No puedo! Dentro de esa arrogante ropa de príncipe hay un chiquillo desamparado. Un chiquillo bueno. Y tengo miedo por él... No quiero hacerle desgraciado. No me lo perdonaría. ¡Alteza! Yo no soy tan inocente como Vuestra Alteza. Yo he amado a otros hombres.

FEDERICO.—(*Sonríe*) Ya lo sé...

PALOMA.—He jugado con ellos: les he hecho daño. Porque se lo merecían, naturalmente. (*Baja los ojos*) Y a casi todos los he engañado.

FEDERICO.—¿A René también? (*Rencoroso*) Me alegro.

PALOMA.—¡Oh! A ese ni siquiera le engaño: se lo cuento todo...

FEDERICO.—Todo eso no importa nada...

PALOMA.—Pero, ¿es que no comprende Vuestra Alteza que soy una coqueta, una frívola, una insensata?

FEDERICO.—¡Claro! Te quiero por frívola, por coqueta, por insensata...

PALOMA.—¡No, no y no! Tienes que creerme, pobrecito mío. Abre bien los ojos y mírame. Yo soy mala, muy mala. ¡Si yo te contara mi vida! ¡Ah! Hay muchas maneras de contar el folletín de la pobre muchacha inocente que tiene ambiciones y quiere subir y subir, rodeada de gentes egoístas y perversas. Pero si se cuenta la verdad, resulta que ella, la pobre muchacha inocente y desamparada es la peor de todos. He sido muy mala, Príncipe. ¿Y sabes por qué? Por que tengo mucho miedo. Miedo de todo: del amor, de la soledad, de la vida, de la muerte... Todas las mujeres somos malas cuando tenemos miedo. ¡Porque tenemos que defendernos! Y siempre, siempre, estamos asustadas aunque aparezcamos ante vosotros con una sonrisa de triunfo en los labios. Tú no conoces a las mujeres, Príncipe. ¿Quieres saber más?

¿Sabes por qué anoche me propuse conquistar a un príncipe a quien ni siquiera conocía? Porque era muy hermoso salir al paso del Príncipe Azul que soñaba en mis días de niña. Sí... Pero también porque era magnífico tener una aventura amorosa con un príncipe auténtico, en un parador de la montaña, una noche de Navidad. El amor de un príncipe es una propaganda sensacional para una actriz. Ya se han dado casos... ¿Comprendes? Ya ves cómo ni siquiera en los sueños bonitos es todo noble y limpio. Es tan fácil envolver con poesía las malas intenciones. Luego, ni una misma sabe dónde está la verdad: si en el fondo de la mala intención o en esa poesía estúpida y falsa que sirve para todo. *(Transición)* Vete, Príncipe. Vete. Déjame con René. *(Le mira conmovidísima, sorbiéndose las lágrimas)* Te dije que René y tú os parecíais un poquito. Pero no es verdad. ¡Qué más quisiera ese idiota!

FEDERICO.—*(Sonríe)* ¡Paloma!

PALOMA.—Déjame. Vuelve a tu viejo castillo y cierra bien las puertas para que nadie te robe tu inocencia. Es tan bonita...

FEDERICO.—No volveré al castillo. Nos iremos los dos juntos...

PALOMA.—Pero, ¿a dónde?

FEDERICO.—¡Oh! A un lago de Italia, a una montaña de Suiza, a un rinconcito de París. Un gran amor cabe en cualquier parte...

PALOMA.—Pero, ¿no comprendes que te engañaré?

FEDERICO.—*(Sonríe)* ¡Oh, no! A mí no me engañarás...

PALOMA.—¿Por qué estás tan seguro?

FEDERICO.—Porque te mataría...

(Lo ha dicho suavemente, sonriendo. Paloma se vuelve deslumbrada)

PALOMA.—¿Serías capaz?

FEDERICO.—¡Claro!

PALOMA.—*(Atónita)* ¿Es un costumbre de príncipes?

FEDERICO.—Es una tradición de mi familia. La implantó el fundador de la dinastía...

PALOMA.—¿El primer rey?

FEDERICO.—No. *(Sencillamente)* El último pirata...

PALOMA.—¡Ay! Entonces, por lo visto, eres de esos hombres dominantes que no tienen inconveniente en pegar a las mujeres...

FEDERICO.—¡Naturalmente! Si es necesario...

(Paloma le está mirando con el rostro radiante, como iluminado)

PALOMA.—¡Ay, vida mía! Pero si esto es lo que yo he estado esperando tanto tiempo...

FEDERICO.—(*Un paso*) ¡Paloma!

PALOMA.—¡Déjame! (*Echa a correr conmovidísima, sube los peldaños de la escalera y se vuelve un momento desde la meseta*) Bueno. Después de todo, la verdad es que no soy tan mala como te he dicho...

FEDERICO.—¡Paloma!

(Está solo, inmensamente feliz. Aparecen en la escalera de la izquierda Alberto y Alí-Harom, que se quedan estupefactos ante el Príncipe)

ALBERTO.—¡Oh!

ALÍ-HAROM.—¡Demonio! ¿Quién está ahí?

(Ante los dos, el Príncipe se vuelve y se inclina en una risueña y airosa reverencia)

FEDERICO.—¡Señores! El Príncipe Federico saluda a Sus Majestades...

ALBERTO.—Pero, muchacho...

FEDERICO.—¿Cómo me encuentran?

ALBERTO.—Asombroso...

ALÍ-HAROM.—(*Boquiabierto*) A ver, a ver... Déjame verlo bien. ¡Qué preciosidad!

ALBERTO.—De manera que este es el secreto de su fuga. ¡Hijo mío! ¿Dónde ha encontrado usted este traje?

FEDERICO.—En una sastrería de teatros...

ALBERTO.—¡Hola!

FEDERICO.—(*Con entusiasmo*) Es una tienda maravillosa. Con un poco de imaginación, cualquiera puede salir de allí convertido en húsar, en cosaco o en bandido. Esta mañana entró un pobre estudiante de sociología: casi, casi un socialdemócrata. A la salida era un príncipe. Porque eso sí, para reyes y príncipes y grandes duques tienen muchísimos modelos...

ALBERTO.—¡Claro! Como ya no se llevan... (*Le mira muy despacio y sonrío*) ¡Príncipe! ¿Qué ha pasado? Porque supongo que todo esto tendrá una explicación...

FEDERICO.—(*Sonriendo*) Ella dice que es un milagro...

ALBERTO.—¿Ella?

FEDERICO.—Sí...

ALBERTO.—¡Ah!

FEDERICO.—¿Cree usted en los milagros, señor?

ALBERTO.—Naturalmente, hijo... He nacido rey.

(Surge la Duquesa, enfadadísima, por donde se fue)

DUQUESA.—¡Ea! Se acabó. No aguanto más. Esto es un atropello... ¡Tomás! Ven aquí, Tomás...

(Aparece presuroso el Maître)

MAÎTRE.—¿Qué ocurre, señora Duquesa?

DUQUESA.—¡Que los espías me están persiguiendo por toda la casa!

TODOS.—¡Oh!

DUQUESA.—¡Míralos! *(Indignada)* Ya están ahí...

(Y en efecto, con muchísimo sigilo, aparecen Koproff y Molinsky)

TODOS.—¡Oh!

(Koproff y Molinsky se quedan extáticos ante el Príncipe)

LOS DOS.—¡Oh!

MOLINSKY.—¡Oh! El Príncipe...

KOPROFF.—*(Soñador)* ¡Soberbio! ¡Qué porte! ¡Qué majestad! Ya veo a Su Alteza en el balcón de Palacio presidiendo la manifestación de Primero de Mayo... *(Transición)* Pero ¿no cree Su Alteza que ese traje le resultará incómodo para el avión?

(Los tres reyes -el Príncipe en el centro- están juntos a la izquierda. La Duquesa con el Maître, al fondo. Y Koproff y Molinsky, junto a la puerta de la derecha, todavía)

FEDERICO.—Lamento decirle, señor Delegado del Servicio Secreto, que no subiré a su avión...

KOPROFF.—*(Con un escalofrío)* ¿Cómo?

MOLINSKY.—¿Qué dice?

KOPROFF.—*(Asombradísimo)* ¿Debo entender que Su Alteza rechaza la propuesta del Partido?

FEDERICO.—Sí, señor Delegado...

KOPROFF.—¿Es que Vuestra Alteza tiene otra oferta de los americanos?

FEDERICO.—¡Oh, no! Los americanos solo necesitan reyes para Hollywood, y los inventan porque resultan mejor...

KOPROFF.—Entonces, Alteza, ¿por qué razón?

(En ese momento surge Paloma en la escalera de la derecha, seguida de Silvia, que lleva su maletita. Paloma cruza la escena y se refugia en el Príncipe)

PALOMA.—Ya estoy lista. Llévame donde quieras.

(Todos miran hacia la pareja con un murmullo de curiosidad contenida. El Príncipe, con suavidad, atrae a la muchacha hacia sí)

TODOS.—¡Oh!

FEDERICO.—¿Por qué razón, señor Delegado? ¿No se lo figura? *(Con Paloma entre los brazos)* Por una loca razón... Por una pequeña, insensata y frívola razón... *(Transición)* Anoche, señor Delegado, cuando usted me ofreció un trono, estuve a punto de aceptar. ¿Sabe usted por qué? Porque he nacido para ser rey. Y debe de ser tan hermoso decirse uno a sí mismo: ya soy rey. Ya cumplo mi destino. Tan fuerte es todo eso, señor Delegado, que oyéndole a usted hablar de nuestros viejos palacios, de las músicas y de las lluvias de rosas que acogen a los reyes que regresan, yo me olvidé de las glorias de mis antepasados que eran libres como las águilas y estuve a punto de convertirme en un rey prisionero solo para engañarme a mí mismo. Para poder decirme en voz baja: ya soy rey. Ya soy rey... *(Sonríe)* Pero fue solo un instante. Muy cerca de mí estaba algo que vuelve locos a los hombres para salvarlos. Es algo dulce y picante como el aire fresco de una mañana. Es el amor. Por el amor renunció a ser un rey prisionero y voy a ser un príncipe libre... Los príncipes y los pájaros solo somos príncipes y pájaros cuando estamos en libertad.

ALBERTO.—¡Bravo, muchacho!

ALÍ-HAROM.—*(Admiradísimo)* ¡Cómo habla...!

MOLINSKY.—*(Embobadísimo)* ¡Qué pico de oro!

FEDERICO.—Hoy muere el Pretendiente cautivo del castillo de Irlanda. Desde ahora seré el Príncipe audaz y aventurero que quieren mis partidarios. ¿Me ayudarás, Paloma?

PALOMA.—Sí, amor mío. Daremos muchísimos escándalos...

(Federico se vuelve hacia Alberto)

FEDERICO.—¡Majestad! ¿Era esto lo que usted quería anoche, cuando pidió a Paloma que se quedara con nosotros?

ALBERTO.—Sí, hijo mío. Dame un abrazo. Y tú también, Paloma... Estoy tan emocionado. Marchaos. Aprisa.

ALÍ-HAROM.—Yo también estoy muy conmovido, Príncipe Federico. Se lleva usted una encantadora muchacha...

(En este momento, juntos en el centro, están el rey Alberto y la Duquesa)

DUQUESA.—Como entonces, Berty...

ALBERTO.—Como entonces, Marie Lulú.

SILVIA.—¡Ay, señorita! Y se van. Con el cariño que yo les tomo a los huéspedes...

MAÎTRE.—¡Señorita Paloma!

(Paloma escapa hacia la Duquesa)

PALOMA.—¡Adiós, Duquesa!

DUQUESA.—¿No tiene usted un poco de miedo, hijita? ¿No piensa usted que quizá dentro de muchos años se encuentren los dos en un Parador y él no la reconozca?

PALOMA.—*(Radiante)* ¡Quién sabe! *(Besa a la Duquesa y escapa. Toma al Príncipe de la mano)* Vamos, Príncipe.

FEDERICO.—¡Vamos!

(Escapan los dos por la embocadura de la izquierda, seguidos de Silvia. El Rey Alberto, Alí-Harom, el Maître y Molinsky los despiden con gran alborozo junto a la embocadura. La Duquesa cruza la escena lentamente y se sienta en el sofá junto al fuego. Koproff, atónito, sin dar crédito todavía a todo lo que pasa, con los ojos fijos en el infinito, se sienta en un butacón de la izquierda)

TODOS.—¡Adiós! ¡Adiós!

MAÎTRE.—¡Qué hermosa aventura! ¡No la olvidaré nunca!

ALBERTO.—¡Suerte!

ALÍ-HAROM.—¡Adiós!

MOLINSKY.—*(Entusiasmado)* ¡Buen viaje! ¡Escríbanme una postal!

(Koproff se yergue y grita furioso, como si despertara)

KOPROFF.—¡¡Molinsky!! Ven aquí...

MOLINSKY.—*(Alegremente)* ¡No quiero!

KOPROFF.—¿Qué dices, insensato?

MOLINSKY.—¡He dicho que no quiero!

KOPROFF.—Pero ¿es que olvidas la disciplina del Partido?

MOLINSKY.—¡A la porra el Partido!

KOPROFF.—¡Desdichado! *(Aterrado)* ¿Es que te has vuelto loco?

MOLINSKY.—¡Quia! Lo que pasa es que yo también me voy...

KOPROFF.—*(Estupefacto)* ¿Qué dices?

MOLINSKY.—Lo que oyes. No vuelvo contigo. Me quedo para siempre en este país.

¿Y sabes por qué? Porque me gusta todo esto. Porque aquí no hay disciplinas, ni sabotajes, ni Partido. Porque me encanta esta gente, que son alegres porque hacen lo que quieren. Porque me gustan las muchachas que solo quieren a un hombre para toda la vida. Porque me vuelven loco las mujeres que no me quieren dar un beso. ¡Ea! Por todo eso. ¡Ah! Y porque el Servicio Secreto me parece una tontería. Y, para que te enteres, voy a escribir un libro que se titula: «Yo he sido espía». Conque, buenos días, camarada Koproff. ¡Y hasta nunca! *(Contentísimo)* ¡Ea! Ya está. No podía más. ¡Silvia! ¡Silvia! ¿Dónde estás? ¡Silvia! Espera...

(Sale aprisa, nerviosísimo y enormemente feliz por la izquierda. Koproff se derrumba otra vez en el sillón)

KOPROFF.—Es horrible. No puedo creerlo. ¿Qué ha pasado aquí?

(El Rey Alberto y Alí-Harom se acercan, francamente compadecidos, y le prodigan amables palmaditas en la espalda)

ALÍ-HAROM.—¡Koproff! ¡Amigo mío! Un poco de valor...

ALBERTO.—¡Ánimo! Hay que ser fuerte...

ALÍ-HAROM.—Ea, ea, ea...

KOPROFF.—¿Qué va a ser de mí? No puedo volver allí fracasado. El Partido no tolera fracasos. Ustedes no tienen ni idea de lo que es aquello...

ALBERTO.—¿Tanto como dicen?

KOPROFF.—¡Uf! Muchísimo más...

ALÍ-HAROM.—Caramba, caramba...

(*Koproff se vuelve a uno y otro en actitud francamente suplicante*)

KOPROFF.—¡Caballeros! Somos amigos. Ustedes no pueden abandonarme. ¿Vendrán ustedes conmigo?

ALBERTO.—(*Muy dolido*) ¡Koproff! Siento mucho verle a usted en este apuro. (*Un suspiro*) Pero la verdad es que no puedo ayudarle. Yo ya no valgo para ser rey. He perdido la fe. No creo en nada: soy un egoísta, como todos los solitarios. Sería un mal rey, se lo aseguro. Además, siento decirle que no coincido políticamente con el Partido. (*Un suspiro*) Son ustedes muy de derechas...

KOPROFF.—(*Un gemido*) ¡Oh!

ALBERTO.—Yo, no, hijo; yo, no. ¿Qué quiere usted que le diga? Están ustedes muy equivocados con la nueva línea del Partido. No eran aquellos tiempos tan buenos como ustedes creen... ¡Quia! Ni muchísimo menos. Mire usted: a mí, con franqueza, me son muy simpáticos los americanos...

(*Un levísimo silencio. Koproff alza los ojos hasta Alí-Harom*)

KOPROFF.—¡Majestad!

ALÍ-HAROM.—(*Con gran pesar*) No puedo, Koproff. Créame... Anoche, mientras reíamos y cantábamos como niños, me di cuenta de algo que no había descubierto todavía. ¡Je! ¡Koproff! Resulta que yo soy verdaderamente feliz desde el día en que me destronaron. Figúrese. Ese mismo día me separé de mi mujer... Desde entonces, vivo en Europa, París, Roma, Suiza, la Costa Azul. Conozco todos los días gentes interesantes. Me invitan a las mejores fiestas. Créame usted: cuando me acuerdo de mi país, todo aquello me parece de una ordinariez... Nada, que no puedo renunciar al exilio. Pero eso sí, usted me ha sido muy simpático. Esta primavera organizaré en mi yate un crucero por el Mediterráneo hasta Grecia. Vendrán unos amigos encantadores y tendré mucho gusto en que usted nos acompañe. ¿Adónde puedo enviarle la invitación?

KOPROFF.—(*Lúgubre*) A la cárcel.

ALBERTO.—¡Hombre!

ALÍ-HAROM.—¡Koproff!

KOPROFF.—¡Sí! Es el porvenir de los que vuelven fracasados. Primero me destituirán de todos mis cargos. Después me incluirán en la próxima purga. Luego, la cárcel. Más tarde, la vida en un campo todo cubierto de nieve. Trabajos forzados. Y al fin, un día cualquiera, la muerte...

ALBERTO.—¡Koproff!

ALÍ-HAROM.—(*Emocionadísimo*) Se me parte el corazón...

KOPROFF.—Pero no importa. (*Heroico*) Yo sabré cumplir con mi deber. Buenos días, señores...

(*Gravemente, saluda con mucha cortesía, sube las escaleras de la derecha y desaparece*)

ALÍ-HAROM.—(*Compungido*) ¡Era un héroe!

MAÎTRE.—Era un gran espía...

ALBERTO.—Vamos. Nuestro equipaje... (*Sale el Maître por la escalera de la izquierda. El Rey Alberto se detiene ante la Duquesa, que está inmóvil y con los ojos cerrados desde hace rato*) ¡Pobre Marie Lulú!

ALÍ-HAROM.—¿Se ha dormido?

ALBERTO.—Sí. Adiós, Marie Lulú. ¿Por qué nos hemos vuelto a encontrar? Me gustaba tanto recordarte como eras... Pero tú no tienes la culpa, pobre viejecita. Adiós, Marie Lulú.

(*Baja el Maître con los abrigos y los maletines de Alberto y Alí-Harom*)

MAÎTRE.—Ha sido una noche de Navidad inolvidable, señor.

ALBERTO.—Gracias, amigo. ¡Felicidad!

ALÍ-HAROM.—¿Va usted a París, Alberto?

ALBERTO.—¡Siempre a París!

ALÍ-HAROM.—Entonces, pronto nos volveremos a encontrar...

(*Salen el Rey Alberto, Alí-Harom y el Maître. Queda sola la Duquesa, inmóvil. Entra inmediatamente el Maître*)

DUQUESA.—¿Se han ido?

MAÎTRE.—¿Cómo? Pero ¿no dormía la señora Duquesa?

DUQUESA.—Calla, tonto. Fingí que estaba dormida para evitar una despedida. El pobre Berty no hubiera sabido despedirme. ¿Comprendes?

MAÎTRE.—Sí, señora Duquesa...

DUQUESA.—Ya se han ido todos. Ya estoy sola otra vez. Como ayer. Como siempre. Pero no importa. Pronto vendrá el buen tiempo y se llenará todo esto de muchachos y muchachas que vendrán a esos campeonatos de esquí... (*Muy bajito*) Los esperaré.

(Baja por la escalera de la izquierda Koproff, con su sombrero encasquetado, con su gran cartera de negocios. Muy decidido, va hasta la izquierda, donde toma asiento en un butacón. Y desde allí se dirige perentoriamente al Maître)

KOPROFF.—Oiga, amigo... Telefonee a la Policía.

MAÎTRE.—*(Estupefacto)* ¿Cómo?

KOPROFF.—¡Telefonee a la Policía! Diga que Basilio Koproff, el famoso espía internacional del Servicio Secreto, solicita protección de este Gobierno como refugiado político. ¡Ah! Y dígales también que tengo que hacer importantísimas revelaciones...

MAÎTRE.—Ahora mismo, señor...

DUQUESA.—Oiga. ¿Está usted ahí, camarada Koproff?

KOPROFF.—¡Señora! *(Muy cargado)* ¿Le daría a usted lo mismo llamarme don Basilio? *(A sus anchas)* Es un capricho que tengo hace tanto tiempo...

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE